

XXVI CONCURSO HISTORIAS DE NUESTRA TIERRA

ME LO CONTÓ MI ABUELITO

2018









XXVI CONCURSO HISTORIAS DE NUESTRA TIERRA

ME LO CONTÓ MI ABUELITO

2018

Coordinación de contenidos

Pierina Cavalli y Camila Leclerc

Diseño gráfico

Victoria Neriz

Edición

Manuel Peña

Ilustraciones

Pati Aguilera

Paula Bustamante

Karina Cocq

Sol Díaz

Cristian Garrido

Isabel Hojas

Paulina Leyton

Fabián Rivas

Mariel Sanhueza

Margarita Valdés

Ilustración de portada

Margarita Valdés

Derechos Reservados

Inscripción Registro Propiedad Intelectual N° 301433

ISBN: 978-956-7215-70-6

Marzo 2019, Santiago de Chile.

Imprenta AlImpresores

Los cuentos que conforman esta antología fueron escritos por niños, niñas y jóvenes de todo Chile para el concurso Historias de Nuestra Tierra.

www.concursocuentos.cl

Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA
Ministerio de Agricultura

Esta edición cuenta con la colaboración y el financiamiento del Ministerio de Educación.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	11
PRESENTACIÓN MINISTERIO DE EDUCACIÓN	13
JURADO NACIONAL	14
PALABRAS DEL JURADO	15
 PREMIOS NACIONALES	
El pescado de Carmelito, Valentina Estrella Gajardo López. Región del Maule	17
Desde las sombras de un árbol, Juliana Antonia del Río Burgos. Región del Bío Bío	21
El gigante de Pinte, Sebastián Ignacio Ochoa Pastenes. Región de Atacama	25
El zorro y las papas de Isluga, Antonia Montserrat Varela Carvajal. Región de Tarapacá	27
El padre Inti, Belén Nicol Mestas Medina. Región de Valparaíso	31
 REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA	
El negro de Azapa, Valentina Danae López Fierro	36
La historia de Chile no contada, David Joshua Salomón Valenzuela Cornejo	38
Mi abuelo y su enfermedad, Benjamín Alejandro Arce Morales	42
 REGIÓN DE TARAPACÁ	
El lagarto y el pozoalmontino, Scarlett Tamara Godoy O'Ryan	44
Dayhanná, Carlos Viza	46
 REGIÓN DE ANTOFAGASTA	
Suyai esperanza, Estefania Antonella de la Cerda Marincovich	48
La niña y el diablo, Carolina Alejandra Valdivia Díaz	50
La Colorada, Luis Francisco Ángel Castillo	54
 REGIÓN DE ATACAMA	
La Cucumula, Antonella Anastasia Balcázar Paredes	56
La niña de la Camanchaca, Catalina Beatriz Muñoz Lobos	58

REGIÓN DE COQUIMBO

Santos, Pablo Mateo Dario Donoso Alviña	60
Vitorina, Valentina Andrea Alfaro Maldonado	62
Don Cabrita, Andrés Humberto Yáñez Cortés	66

REGIÓN DE VALPARAÍSO

La señora chiquitita, Dabne Dianet Castro Altamirano	72
El hombre caballo, Samanta Antonella Piñeiro Quiroz	78
La escalera del diablo, Ángela Victoria Vivar Cáceres	80

REGIÓN METROPOLITANA

El vestido de mi abuela, Antonia Paz Lagos Novoa	84
La pata del diablo, Vicente Alonso Soto Naveas	88
El chanchito de greda, Trinidad Isidora Lagos Novoa	92

REGIÓN DE O’HIGGINS

La abeja maligna, Alelí Valentina Herrera Rojas	94
Un amigo inesperado, Benjamín Ignacio Miranda Orellana	98

REGIÓN DEL MAULE

La noche de san Juan, María José González Sepúlveda	100
Las aventuras con mi amigo fiel, Maximiliano Contreras	104

REGIÓN DEL BÍO BÍO

En las profundidades, Juliana Antonia del Río Burgos	108
Una vuelta muy larga, Victoria Lucila Cárdenas Aranda	112

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

El origen de la cruz, Josué Eduardo Adolfo Reydet Roldán	116
La usurpación de un hogar, Matías Gonzalo Quiriban Huentecura	120
El niño culebrón, Kyhara Dennis Nahuel Queupumil	124
La buja del jarrín, Paz Alejandra Durán Fontalba	126

REGIÓN DE LOS RÍOS

La misteriosa muerte de las gallinas, Ignacio Orlando Pinuer Álvarez	128
El brusco despertar de 1960, Sofía Belén Cárcamo Muñoz	132
El camino de una pequeña curandera, Constanza Belén Medina Reyes	134

REGIÓN DE LOS LAGOS

Las amigas del Caleuche, Cristian Camilo Paillacar Coñoecar	138
Las mentiras se hacen realidad, Anayeli Constanza Velásquez Caicheo	140
El bote embrujado, Sebastián Alejandro Kachele Aguilera	142
Cómo la papa salvó a Europa del hambre, Amaité Rayen Rivera Hernández	146

REGIÓN DE AYSÉN

El caballo negro, Beatriz Helena Arregui Contreras	148
Me lo contó mi abuelito, Ente Noemí Cárcamo Antivero	152
Duenverdes, Alejandra Tamara Troncoso Barría	154
La lupa mágica, Matilda Leonor Jara Montiel	156

REGIÓN DE MAGALLANES

Historia Selknam, Pedro Bastián Torres Rudolph	160
La aventura de Germán y Simón, Germán Alejandro García Galindo	162

*Los cuentos “Animita María del Rosario” (tercer lugar de la región de O’Higgins) y “La pasatola” (primer lugar de la región de Magallanes) fueron incluidos en el libro Antología 2018.

PRESENTACIÓN

Conocer a través de cada línea de este libro, las historias más íntimas del mundo campesino y rural de Chile y descubrir a grandes escritores entre las nuevas generaciones, es un privilegio que como Ministerio de Agricultura nos alegra y enorgullece.

Esto porque, junto con trabajar en pos de la productividad, el crecimiento y el bienestar de la agricultura y su gente, nuestro rol también es relevar la cultura rural del país, donde tanto la sabiduría campesina, los pueblos originarios, las tradiciones y relatos rurales se conjugan, conformando las raíces de nuestro campo y de lo que somos como chilenos.

Esta compilación no solo constituye una selección de los cuentos ganadores de la versión 2018 del concurso Historias de Nuestra Tierra en su categoría infantil, sino que refleja el aporte de esta iniciativa a la preservación de la cultura y tradición oral. Año a año, estas obras engrosan el Archivo de Literatura Oral y Tradiciones Populares de la Biblioteca Nacional, importante repositorio —uno de los más consultados por el mundo académico y el público en general en cuanto a cultura y tradiciones chilenas— que permite preservar los miles de cuentos y poemas que en los 26 años de trayectoria del concurso han participado desde los más diversos puntos del país.

Anualmente, la Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro (FUCOA), organiza este tradicional certamen del Ministerio de Agricultura, que al igual que en otras instancias le han significado nuestro agradecimiento y el reconocimiento del mundo rural por su permanente búsqueda de estrechar los lazos con nuestro campo y preservar la cultura y tradiciones rurales de Chile.

Antonio Walker Prieto
Ministro de Agricultura

Francisca Martin Cuadrado
Directora Ejecutiva FUCOA

PRESENTACIÓN

Ministerio de Educación

La familia es la primera educadora de nuestros niños y niñas. Allí, aprenden de sus padres, de sus mayores, conocen el amor y el mundo que los rodea. Esos aprendizajes no son solo generales, también aprenden de las tradiciones y la historia de los suyos.

En ese proceso, los abuelos y, en general los adultos mayores, tienen un rol fundamental, porque narran las historias y traspasan la cultura, los cantos y las leyendas que aprendieron de sus propios abuelos, en una larga cadena de transmisión oral.

Por ello, la categoría “Me lo contó mi abuelito” del concurso Historias de Nuestra Tierra, organizado por la Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro (FUCOA) del Ministerio de Agricultura en colaboración con el Ministerio de Educación, forma parte de nuestras actividades más queridas y entrañables.

Este libro recoge los escritos de estudiantes de escuelas rurales que dejaron volar su imaginación para relatar historias de la vida cotidiana del campo, mitos de sus comunidades, vivencias familiares o reflexiones y soluciones para situaciones que les preocupan.

Además de representar un aporte cultural innegable, este concurso desarrolla y potencia habilidades centrales en el proceso de enseñanza-aprendizaje, y contribuye a desarrollar la imaginación y habilidades lectoras y de expresión escrita.

El Gobierno del Presidente Sebastián Piñera busca precisamente que todos los niños y niñas desarrollen los hábitos y el amor por la lectura en Primero Básico, para que así puedan acceder al alucinante mundo de los cuentos y los libros, y lograr más y mejores aprendizajes.

Aunque ya son más de mil los niños y niñas que presentaron trabajos en 2018, queremos que sean cada vez más quienes tengan el ánimo y la inquietud de escribir y contarnos lo que piensan, sienten y saben. Historias que, a la mayoría, le contó su abuelito o abuelita.

Marcela Cubillos Sigall
Ministra de Educación

JURADO NACIONAL



Sonia Montecino

Nació en Santiago en 1954. Es antropóloga y escritora, profesora titular del Departamento de Antropología y coordinadora de la Cátedra Indígena de la Universidad de Chile. Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales (2013). Experta de Chile y Latinoamérica ante el Órgano Evaluador del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad de Unesco. Recibió en 2005, el Premio Altazor por el libro *Mitos de Chile. Diccionario de seres, magias y encantos* que reeditó en 2015.



Mauricio Paredes

Nació en Santiago en 1972. Ingeniero civil eléctrico PUC y escritor. También se dedica a la investigación y difusión de la literatura infantil. Entre sus títulos destacan: *¡Ay, cuánto me quiero!*, *La familia guácatela* y *La cama mágica de Bartolo*.



Esteban Cabezas

Nació en Santiago en 1965. Es periodista, crítico gastronómico y escritor de literatura infantil. Algunos de sus libros son: *La saga de Julito Cabello*, *María la Dura* (Premio Barco de Vapor) y *La tortulenta* (Premio Ibbý Chile).



Josefina Muñoz

Nació en Santiago en 1946. Licenciada en literatura, profesional de la División de Educación General (DEG), Ministerio de Educación.



Manuel Peña

Nació en Valparaíso en 1951. Es escritor, profesor de castellano y especialista en literatura infantil y juvenil. Autor de libros de cuentos, novelas, crónicas y poesía infantil de tradición oral. Premio Gran Angular por la novela *Mágico sur*. Profesor en cursos de magísteres de las universidades Andrés Bello, Alberto Hurtado y San Sebastián. Profesor de seminarios y talleres literarios dictados en Chile y Latinoamérica.

PALABRAS DEL JURADO

La tradición oral revisitada

A lo largo de las más de dos décadas de existencia del concurso Historias de Nuestra Tierra, se pueden seguir las continuidades y cambios en la tradición oral chilena, en especial dentro de la categoría “Me lo contó mi abuelito”. Las narrativas orales, convertidas en oralitura gracias a la textualidad vertida en los relatos enviados a esta sección, dan cuenta por un lado, de la mantención de ciertos tópicos arraigados en los pueblos indígenas y mestizo-populares, como el origen de lugares y cosas, personajes míticos como el Trauco, la Calchona, el Sumpall, cuentos de animales y de aparecidos, entre otros, de larga data en el universo oral nuestro. Por otro lado, se evidencian nuevos relatos que nos acercan, desde una vertiente testimonial, a sucesos históricos, políticos y de la vida cotidiana del siglo XX y XXI, así como a la emergencia de sujetos antes invisibilizados como las mujeres y las inequidades y violencias que sufren, o los avatares del mundo campesino y su estilo de vida amenazado por la globalización.

La tradición oral, como todo patrimonio, está viva y en su reproducción recupera las viejas hablas y estructuras dotándolas de nuevos contenidos al incorporar signos contemporáneos, como ocurre con las diversas versiones de La Llorona, las penaduras o las apariciones en contextos urbanos. No obstante, hay una cadena de transmisión que no se quiebra y que hace posible que figuras como el diablo, en la versión pícaro popular y no en la ominosa del relato religioso, atraviase el tiempo; lo mismo sucede con los cueros, los entierros y los tesoros escondidos. Así, podríamos decir que en estos últimos años, se han ido revisitando los acervos orales para otorgarles sentidos vinculados con los cambios sociales y con los nuevos horizontes de valores comunitarios. Pero, al mismo tiempo, las antiguas narraciones cobran importancia a la luz de las identidades que circulan a través de la memoria revisitada en los cuentos y relatos, como símbolos de la actualización permanente de lo que otros (as) contaron, lo que construye aún una parte del imaginario de las nuevas generaciones.

Sonia Montecino
Presidenta del jurado



11 años
San Clemente, región del Maule
Primer lugar nacional - Primer lugar regional

Ilustración: Sol Díaz

≡ EL PESCADO DE CARMELITO ≡

Valentina Estrella Gajardo López

En nuestra localidad, cuando cae la nieve suele cortarse la energía eléctrica, ya que los árboles en sus ramas acumulan esta nieve, y al ponerse pesada cae en los cables provocando sucesivos cortes en la dura época de invierno.

Fue entonces cuando a la luz de las velas empezamos a contar historias, aprovechando que se encontraba una tía abuela que tiene tantas historias que fácilmente podría escribir un libro.

Cuenta la historia que hace tiempo existía un caballero llamado Carmelito Martínez, un lugareño que vivía en el valle del Venado de Vilches, un lugar bellísimo de nuestra localidad, que atrae a muchos turistas de todo Chile y el mundo entero durante todo el año.

Entonces, contaba mi tía, que Carmelito salía a caballo a recorrer el campo que conocía como la palma de su mano. Llevaba el control de todo su ganado: chivos, ovejas y vacunos. Él vivía de eso: mataba estos animales, los faenaba, vendía o cambiaba la carne por otros productos. También obtenía leche, lana y cuero. Así se desenvolvía durante los duros días de lluvia. Pero este invierno, como había llovido y nevado tanto, no había suficiente pasto para los animales que se encontraban más bien flacuchentos. Por lo tanto, debían ser precavidos con la carne para el consumo.



Entonces Carmelito, en una de sus andanzas, llegó a una parte que le llamaban Isidro y que naturalmente pertenecía al valle del Venado. Es aquí donde descubre un pozo con agua y en ese momento, se encontró algo inesperado. Carmelito estaba frente a un pez, pero no era un pez común y corriente como estamos acostumbrados a ver. Este era enorme, medía aproximadamente dos metros con ochenta centímetros y era muy pesado por lo demás. Pensó rápidamente en la forma de sacarlo de ahí. Obviamente no lo podía sacar con su caña que era bastante endeble para ese gigante animal acuático. Por lo tanto, para sacarlo de ahí, lo laceó. Luego, no tuvo otra opción que matarlo con su cortapluma que lo acompañaba en todos sus recorridos.

Es aquí cuando ocurre un suceso tragicómico: el pescado ya muerto, Carmelito lo echó al macho por delante y al macho se le fue de punta. Posteriormente se lo echó en anca y el macho se le cayó el pote. Así que este hombre se bajó y echó el pescado arriba del macho en la montura y le arrastraba la cabeza y la cola. Finalmente, llegó con el extraño animal acuático al valle del Venado, después de mucho andar.

De esta manera, Carmelito compartía su rancho con un caballero cuyo apellido era Valdéz. Grande fue su sorpresa cuando lo vio llegar con ese enorme pescado que, no pensándolo dos veces, ambos lo charquearon y tuvieron carne seca para todo el invierno.

Como recuerdo de la gran hazaña, el esqueleto del pescado lo pusieron de puente y la cabeza era la puerta. Así, cada vez que alguien lograba llegar al rancho, Carmelito contaba todas las peripecias que pasó con ese enorme pescado y el sabor único que jamás volvieron a probar estos dos hombres del valle del Venado.



12 años
Arauco, región del Bío Bío
Segundo lugar nacional - Primer lugar regional
Ilustración: Karina Cocq

⇒ DESDE LAS SOMBRAS DE UN ÁRBOL ⇒

Juliana Antonia del Río Burgos

Algunas personas dicen que el amor y la amistad nacen de los ríos. Otras dicen que del aire o del viento. Pero yo digo que el amor nace de los árboles. Esta historia me la ha contado mi abuela y sin ella, no hubiera conocido las sombras de este árbol. Todo ocurrió una tarde cualquiera, a cualquier hora, de cualquier día, en las sombras del recuerdo.

—He conocido a un hombre que ha venido del sur y me ha contado que el abuelo de su abuelo fue amigo de un tigre. —Estábamos a la sombra de un árbol, una gran araucaria, que al igual que yo, oía las historias que narraba mi abuela.

Mi abuela, por muy anciana que estuviera, aún tenía la capacidad de posarse debajo de un árbol para conectarse con las historias que ella misma relataba para mí y para el silencio que llenaba las brisas del viento de toda tarde de primavera.

—¿Amigo de un tigre? —repetí dudosa en voz baja. ¿Cómo hizo ese hombre para ser amigo de un tigre, abuela?— pregunté.

—El abuelo de su abuelo era un guerrero mapuche —acotó y comenzó a narrar—. Una vez, al final de una batalla contra varios grupos de soldados blancos, quedó del lado del enemigo. Varios días estuvo oculto entre los pastos y ramas de un bosque, sin hacer ni un solo ruido, mientras observaba hacia la lejanía la batalla entre su pueblo y los desconocidos que habían llegado a atacarles con armas y objetos que nunca habían visto antes. Una tarde el silencio había regresado. Se levantó del lugar donde descansaba y miró hacia todas partes, y no halló a la vista ni guerreros mapuches ni soldados blancos, ¿se había salvado? La tranquilidad que él veía, le hacía creer que sí, pero aún estaba muy lejos de su gente.

—Caminó todo el día entre los cerros y bosques nativos —agregó mi abuela, luego de tomar un gran respiro—, ese olor a tierra le hacía recordar a ciertos días cuando iba con su familia hacia los bosques a recolectar quiñones, y otros frutos abundantes de su zona. Él extrañaba todo eso, deseaba solamente ir por el camino correcto. A la noche seguía en tierras desconocidas. De repente, en la oscuridad de la luna, vio dos luces pequeñas, pensó «de seguro debe ser gente que ha prendido fuego», él creyó que se trataba de su pueblo y se alegró por un instante, hasta que enseguida se dio cuenta que tales luces amarillas se trataban de los ojos de un tigre. Estos se acercaban cada vez más y más, entonces sintió tanto miedo por la soledad que traía, que se largó a llorar.

— ¿Y qué pasó después, abuela? —a ese punto de la historia, esta me había consumido totalmente y solo quería seguir oyendo sobre ella.

— No todos los tigres son malos, hija. Existen tigres buenos, como este. El tigre se detuvo, y el hombre recordó las historias que le había contado su abuela, de cuando los animales y las personas eran amigos y compartían juntos. El hombre lo acarició, y el tigre lo miraba confiabilmente, en ese pequeño lazo de tiempo se había formado una confianza mutua desde las sombras de un gran árbol. “Peñi Nahuel¹, no me hagas daño, por favor”, le dijo el hombre

¹ Peñi Nahuel: hermano tigre en lengua mapudungun (nota del autor).

mapuche a su hermano tigre. El tigre, lo miró fijamente y asintió con la cabeza hacia un lado, como si hubiera comprendido lo que le había dicho el hombre. El animal comenzó a caminar, y el hombre lo siguió. Caminaron toda la noche, el hombre estaba un poco nervioso, ya que en cualquier momento el tigre lo podía desconocer y lo podía atacar. A la vez, viciado por el ruido de las ramas al ser pisadas por el tigre que caminaba delante de él. Cuando aclaró continuaron caminando. Por la noche, el tigre le buscó un refugio en el hueco de un pehuén, mientras él tomaba el cargo de guardia arriba de las ramas del árbol. El tigre cazó para el hombre, comieron y compartiendo la comida, hicieron carreras de correr, y se revolcaban en las riberas de los ríos. El tigre se dejaba hasta acariciar. Una tarde se acercaron a la cordillera. El hombre percibió que el viento traía el humo de las fogatas de su gente. Esa noche durmieron como lo habían hecho durante todo el camino, pero a la mañana siguiente, el tigre había desaparecido, y aunque el hombre lo buscó durante unas horas, este no apareció por ningún lado. “¡Gracias Peñi Nahuel!”, gritó el hombre, y gracias al viento, el mensaje llegó hasta los oídos del tigre.

Aún recuerdo aquella tarde en la que mi abuela hacía memoria de su vida y yo aprendía de ella entre las sombras de un árbol.

Ahora me encuentro a las sombras de un árbol provocadas por la luz de la luna y a la lejanía, se acercan dos brillosos ojos amarillos que me miran fijamente entre la oscuridad.

—¿Peñi Nahuel, eres tú? —gritó hacia el vacío.



12 años
Vallenar, región de Atacama
Tercer lugar nacional - Primer lugar regional

Ilustración: Isabel Hojas

⇒ EL GIGANTE DE PINTÉ ⇒

Sebastián Ignacio Ochoa Pastenes

Benjamín Herrera Campillay es conocido como el Gigante de Pinté. Se cree que nació en Chigüinto, posiblemente el año 1895, hijo de Eleodoro y sobrino de Emeterio y Epifanio Herrera.

Con respecto a su lugar de origen, así como a su fecha de natalicio, hay muchas especulaciones. Nunca fue inscrito en el Registro Civil, sin embargo conocemos la fotografía que acompaña a estas palabras, dándonos la certeza de que en realidad existió. En el reverso de esta fotografía se nos informa que era natural de El Tránsito, que tenía 24 años y media dos metros y treinta y cinco centímetros. La figura de esta persona con el tiempo se ha transformado en una verdadera leyenda. Cuentan que alrededor de los diez años se le declaró acromegalia, enfermedad que consiste en la excesiva producción de hormonas del crecimiento en la hipófisis, lo que vulgarmente se conoce como gigantismo.

Sobre su vida se sabe muy poco. Unos dicen que la mayor parte de su existencia la vivió en Alto del Carmen, como en la Jarilla y Pinté. Ocasionalmente bajaba a la ciudad de Vallenar, lo que ocasionaba gran curiosidad, incluso se asevera que en el mes de mayo de 1913, a beneficio del Hospital Nicolás Naranjo, habría sido presentado como una curiosidad en el Biógrafo Anglo-Chileno. Otro de los comentarios que rayan en el mito es que cada día se tomaba un balde de leche.

También se comenta que en 1920 habría fallecido en Vallenar, a la edad de 25 años y con una estatura de dos metros cincuenta centímetros. Verdad o leyenda, lo que sí es real es su sepultura, en el patio 1, pasillo 2 del Cementerio General de Vallenar.

Dicen que casi todos quienes visitan su tumba en el camposanto de esta ciudad, nunca dejan de colocarle alguna flor a Benjamín Herrera Campillay, el ya legendario Gigante de Pinté.



10 años
Alto Hospicio, región de Tarapacá
Premio especial Pueblos Originarios - Primer lugar regional

Ilustración: Paulina Leyton

⇒ EL ZORRO Y LAS PAPAS DE ISLUGA ⇐

Antonia Montserrat Varela Carvajal

Mi abuelito me contó que hace muchos años atrás, antes de que los hombres caminaran por la pampa y el desierto, los animales hablaban. Y no sólo eso, hablaban y se ayudaban.

Así fue como el zorro, conocido por su astucia, con toda esa hambre encima y sin saber cómo conseguir algo para echarle a sus tripas, puso su oído en la tierra y escuchó algo moverse. «¿Qué podría ser?» se preguntó el zorro. De pronto, desde un socavón en plena pampa, salió desde el fondo un *jukumari*². Su pelaje era muy blanco y con los ojos manchados de pelo negro. Los lugareños cuentan que su color de piel se debe a que el *jukumari* se escondió por años del Tata Inti³ y que alguna vez fueron hombres, que se alejaron de sus tribus y comieron sólo papas y quinua, volviéndose fuertes y grandes.

El zorro se acercó temeroso y le habló:

—*Kunamasjta*⁴ *jukumari*. ¿Puedes decirme dónde puedo buscar alimento?

El *jukumari* lo miró de reojo y no respondió. El zorro insistió y preguntó de nuevo, pero con voz más fuerte esta vez. El *jukumari* resopló y le dijo:

² Jukumari: oso andino en lengua aymara (nota del autor).

³ Tata Inti: dios Sol en la mitología inca (nota del autor).

⁴ Kunamasjta: saludos en lengua aymara (nota del autor).

—Necesitas semillas para cultivarlas. No pasarás un invierno sin semillas de *juyra*⁵ y *chuq'e*⁶. Yo sembré papas el invierno pasado. Lo mismo deberías hacer tú. Morirás de hambre si no cosechas.

El zorro sintió sus entrañas gruñir.

—Necesito comer ahora y no hay nada en toda la pampa —respondió triste el zorro—.

—No puedo ayudarte —dijo el *jukumari*—. Ya me comí toda mi siembra y voy a hibernar ahora. No saldré hasta el próximo retorno del sol. Pero ve al río y habla con la ninfa que ahí vive. Tal vez, ella pueda decirte donde encontrar comida.

El zorro caminó muchos kilómetros hasta el río y se demoró días en llegar. Y ahí llamó a su ninfa quien apareció hecha toda de agua, incluso la bella corona que adornaba su cabellera también de agua.

—Ninfa del río, soy el zorro. No tengo qué comer y el hambre me consume. Dice el *jukumari*, que tú me puedes ayudar.

La ninfa le respondió:

—Todos mis peces han sido entregados a otros animales, incluso al hombre. Sólo quedan huevos, que serán los próximos peces y deberán crecer. No puedo dártelos. Anda a hablar con el Tata Jach'ura⁷, que es el gran cerro que se encuentra allá lejos, donde se esconde el sol.

El zorro, con su última fuerza, caminó hasta el gran cerro y logró subirlo. Demoró muchos días más, tal vez semanas. Ahí, arriba del gran cerro llamó al Tata Jach'ura y le explicó su problema:

⁵ Juyra: quínuva en lengua aymara (nota del autor).

⁶ Chuq'e: papas en lengua aymara (nota del autor).

⁷ Tata Jach'ura: cerro de 5.269 metros, ubicado en la pre cordillera tarapaqueña (nota del editor).

—No puedo ayudarte zorro. Todas las semillas que tenía enterradas en mi interior, se las entregué a la Pachamama⁸. Ella podrá ayudarte. La encontrarás en los bofedales. Ve con ella.

El zorro durmió y luego emprendió su viaje. Tardó unas semanas más y llegó a los bofedales donde descansaba la Pachamama toda cubierta de hierbas y corría tras unas llamas bebés para alimentarlas.

—Madre Tierra —dijo el zorro—. Necesito comida. Tengo hambre y nadie ha podido darme de comer. Ayúdame.

La Pachamama extendió su mano y le dio quinua. El zorro comió desde su mano y sintió como volvían sus fuerzas. Bebió agua y luego pidió un poco más. Agradecido estaba por irse cuando la Pachamama le preguntó de dónde venía.

—Vengo del valle —respondió el zorro.

—Entonces regresa a él, porque el *jukumari* ha sembrado papas para ti antes de ir a dormir y con lo que demoraste en venir aquí y lo que tardarás en regresar, esas papas estarán listas para ser cosechadas. Aprende a hacerlo bien y cada invierno tendrás comida, zorro.

El zorro escuchó feliz y volvió a su hogar donde la tierra le anunciaba a través de unos bultos, que ahí se escondían ricas papas para hervir y comer, pero sobre todo para aprender a cuidarse por sí mismo.

El animal aprendió a hacerlo y pronto el valle se hizo pequeño y debió continuar sembrando más y más arriba, en el altiplano, hasta Isluga, y esos cultivos, en los que la papa crece generosa, no dejaron de reproducirse sin temor al calor o al frío, hasta el día de hoy.

⁸ Pachamama: Madre Tierra en la mitología inca (nota del editor).



11 años
San Felipe, región de Valparaíso
Premios especial Migrantes

Ilustración: Margarita Valdés

EL PADRE INTI

Belén Nicol Mestas Medina

Cuando el mundo vivía en la oscuridad, era gobernado por Supay⁹, existiendo solo el tormento y la muerte. En el momento que Viracocha¹⁰ sintió el sufrimiento de la Pachamama¹¹, decidió enviar a su hijo Inti¹² enviándole en una estrella fugaz con la misión de derrotar a Supay.

Cuando Inti llegó a la Tierra, vio con mucho dolor y pena el sufrimiento de la Pachamama y de los humanos que había. Empezó a mostrarles la luz, cómo cuidar la tierra, cómo cultivar, cómo aprovechar los recursos que brindaba la Madre Tierra y cómo defenderse del Supay.

Supay al darse cuenta que Viracocha envió a su hijo a derrotarlo, se puso furioso. Se presentó ante él y le dijo:

— ¡Vete de mi reino y no sufrirás mi ira!

— ¡Mi padre Viracocha me ha enviado a derrotarte, porque en mi destino está salvar este mundo y liberarlo de tu maldad!

⁹ Supay: demonio en la mitología inca (nota del autor).

¹⁰ Viracocha: dios Creador de todo en la mitología inca (nota del autor).

¹¹ Pachamama: Madre Tierra en la mitología inca (nota del autor).

¹² Inti: dios Sol en la mitología inca (nota del autor).

— ¡Eres muy ingenuo al creer que me vencerás! ¡Estás advertido!

Y Supay desapareció entre las tinieblas. Inti fue en busca del escondite del Supay y en el camino se encontró con los gigantes que resguardaban el corazón de la Pachamama. Y los gigantes creyeron que era un invasor. De este modo empezaron una batalla con Inti. Cuando en ese momento apareció Hatun Apu¹³, general de los gigantes, deteniendo la batalla.

—He recibido el mensaje de la Pachamama —dijo Hatun Apu— y me dijo que tú eres hijo de Viracocha y que venías a ayudar. ¿Es cierto eso?

—Sí, es cierto —respondió Inti—. Mi padre Viracocha me ha enviado a poner fin al sufrimiento de este mundo.

—Si tus palabras son verdaderas —dijo Hatun Apu— necesitas ayuda. Hunde tu lanza en la tierra y mi ejército surgirá.

—Así lo haré, ¡gracias!

Inti siguió su camino en busca del Supay. Caminó por mucho tiempo dando esperanza a los humanos que encontraba en el camino. Se detuvo en un lugar donde había paz y tranquilidad. Cansado se quedó dormido. Al despertar levantó la mirada y quedó maravillado por la belleza y la armoniosa voz de una joven que le preguntó:

¹³ Hatun Apu: grado militar equivalente a general de la brigada en el ejército del Imperio incaico (nota del editor).

—¿Qué haces dormido en este lugar?

—Solo descansaba un momento antes de seguir mi camino en busca del Supay.

—Mi nombre es Quilla¹⁴ y mi pueblo también ha sufrido los ataques del Supay.

—Yo soy Inti, hijo de Viracocha, y he venido para liberar este mundo de la oscuridad.

—Cuenta con mi ayuda y la de mi pueblo.

Quilla y su pueblo estaban preparados para brindarle una batalla a Supay, así que forjaron armas para defenderse.

Inti y Quilla fueron en busca del Supay. En el camino, Inti se dio cuenta que se estaba enamorando de Quilla, quien también sentía algo especial por Inti. Mientras tanto, Supay creaba el caos, la envidia, la codicia, y todos aquellos malos sentimientos en cada lugar por donde iba, confundiendo a los humanos, provocando que pelearan entre ellos, creando guerras. Esa era la estrategia del Supay para que los humanos se olvidaran de su dios Viracocha.

Inti y Quilla encontraron el escondite del Supay. Cuando Inti ingresó al tenebroso lugar, fue detenido por los espíritus malignos aliados del Supay. Entonces Quilla con su ejército apoyaron a Inti. Cuando en eso, se hizo presente Supay dando la orden de atacar con el objetivo de poseer los espíritus del ejército de Quilla.

¹⁴ Quilla: diosa Luna en la mitología inca (nota del editor).

En ese momento, Inti fue por Supay, pero como el demonio es un tramposo y cobarde, huyó hasta un lugar oscuro donde aguardaba una trampa para Inti. Esta trampa consistía en amarrar su espíritu para así poder dar muerte a su cuerpo físico.

En el momento de ser atrapado, Inti vio cómo el ejército de Quilla estaba perdiendo la batalla y muchos espíritus se volvían malos. Recordó la lanza que le dieron los gigantes y con mucho esfuerzo hundió la lanza en la tierra invocando así a los gigantes. De inmediato, surgió Hatun Apu y con un golpe liberó a Inti.

Los gigantes que tenían el poder de invocar la fuerza de la Madre Tierra acabaron con el ejército del Supay, aprisionándolo. En ese momento el cuerpo de Inti ya estaba muy débil y moribundo. Quilla se acercó a él y le dijo:

—¡Lo derrotamos! Siempre te recordaremos. Puedes volver con tu padre.

—Mi cuerpo físico morirá —dijo Inti— pero mi espíritu es inmortal. Quiero estar a tu lado para siempre y así cuidar este mundo al lado tuyo.

—Sería muy feliz —dijo Quilla— si fuera posible acompañarte para siempre y cuidar de este mundo.

—¡Es posible! ¡Lo puedo hacer! ¿Me acompañarías?

—Sí, iré contigo.

En ese momento, Inti muere con un resplandor muy fuerte. Su espíritu se separa de su cuerpo físico, liberando al dios Sol. Entonces el espíritu celestial de Inti juzga a Supay aprisionándolo en el inframundo por siempre, liberando al mundo de la oscuridad.

Al retornar del inframundo, el dios Sol invita al espíritu de Quilla a ir con él y ella acepta. Elevándose juntos prometieron siempre cuidar del mundo. Es ahí donde Inti resplandece con tal fuerza que se convierte en el dios Sol, creando el día, y Quilla, con todo su amor al mundo, promete que nos cuidará y se convierte en la Luna creando la noche.

Los gigantes aun resguardan a la Pachamama en forma de montañas en todo el mundo.

Finalmente, el dios Inti y Mama Quilla deciden enviar a sus dos hijos a la tierra y les encargan crear el más grande imperio que este mundo haya visto.

Es así cómo nace el gran Imperio incaico.

≡ EL NEGRO DE AZAPA ≡

Valentina Danae López Fierro



13 años

Arica

Primer lugar regional

Ilustración: Mariel Sanhueza

Negro, Zambo le llamaban en el sector. Era de tez negra como el carbón. Parte de sus ojos y dientes era lo único blanco que tenía. Sus rasgos lo delataban con un pasado africano. Su hábitat de hoy eran olivos y plantíos de tomates. A veces su mente divagaba por el pasado, en lugares remotos que no conoció, pero imaginaba una selva llena de animales salvajes que corrían libres por la sabana indómita.

Su abuelo en sus horas de ocio, le narraba historias de su tierra lejana, le aseguraba que fue el jefe de su tribu en la selva. Estaba obligado a mantener las costumbres y los ritos de su gente. Dirigía cazas de especies de animales para alimentarse.

Zambo no le creía mucho. Había veces que quería creerle y soñaba que todo eso era verdad, pero hoy la realidad era diferente: la modernidad hacía que todo ese pasado fuera como una historia jamás vivida.

≡ LA HISTORIA DE CHILE NO CONTADA ≡

David Joshua Salomón Valenzuela Cornejo



14 años
Arica

Segundo lugar regional

Ilustración: Cristian Garrido

Cuando Chile estaba en guerra con Perú y Bolivia durante la Guerra del Pacífico, fueron reclutando soldados para pelear en la guerra. Unos soldados pasaron por el fundo de mi *tatara tatarabuelo* para pedirle que sus hijos fueran a la guerra, pero no quiso enviarlos y los escondió en un subterráneo diciendo que ya estaban peleando. Pero uno de sus hijos viendo esto y sabiendo de los reclutamientos, tomó la decisión de ordenar sus cosas personales y enlistarse en el ejército. Así que, en la noche ensilló su caballo con sus cosas personales, dejó una carta y se fue del fundo en contra de la voluntad de su padre, madre y hermanos, cabalgando con dirección al regimiento Buin donde se reclutó como soldado. Allí quedó a cargo de la cocina o rancho y pertrechos, ya que su padre era el encargado de suministrar los víveres tales como porotos, lentejas, cebollas, papas y animales como bueyes y novillos para el consumo del regimiento. Así que, como tenía conocimiento de las cantidades a cocinar y lo que se necesitaría para llevar a cabo la tarea de alimentar a tantos soldados, fue destinado como ecónomo.

Más tarde lo enviaron a Valparaíso donde fue embarcado con destino a Antofagasta donde participó en la batalla de Tarapacá, el asalto de Pisagua, el asalto a pampa Germania y el asalto de la toma del Morro de Arica, entre otras batallas. Al pasar el tiempo y estando en Iquique, llegó una hermana a visitarlo, motivo de alegría para él. Pero traía una carta de parte de su madre en la que lo saludaba y le decía cuánto lo amaba y recordaba, pero le pedía encarecidamente que por favor al término de la guerra, no volviera a casa, porque su padre lo había desheredado y él no tenía más hijos que los que estaban a su alrededor. Por causa de su deshonra, si él lo veía cerca de su casa lo iba a matar así que por el bien suyo, era mejor alejarse de su familia.

Muy triste se despidió de su hermana y continuó en el ejército siendo embarcado en Iquique con destino al Perú a bordo de un tren. Cerca de la frontera, fue trasladado a las cercanías de Arica, a la altura del regimiento cerca de Las Machas, frente al autódromo, que es más al norte del río Lluta, porque los cañonazos del morro no le daban alcance. Al atardecer se dio orden de sacar las ruedas de las carretas y juntar todo lo que fuera madera para hacer fogatas y así hacer creer a los peruanos que los chilenos se estaban organizando y cuadrando con todos los regimientos para atacar de frente al morro. Pero una gran parte se desvió por el lecho del río Lluta, marchando en silencio en la noche, sin hablar y sin que sonaran los tachos. Así lograron pasar bajo las narices de los peruanos y no fueron detectados en la marcha.

En la oscuridad, cuando tiraron a la suerte los regimientos que atacarían al segundo de línea, le tocó atacar los fuertes Santa Rosa, 2 de Mayo y San José que estaban a la altura de la desembocadura del río San José, apertrechándose en ese lugar hasta que dieran la orden de atacar. Pero todo duró hasta que el tercer y cuarto de línea fueron descubiertos por los peruanos a la altura del fuerte Ciudadela. Entonces, se escucharon balazos y explosiones delatando que era el comienzo de la batalla.

El segundo de línea se encontraba por el frente norte del Morro de Arica donde mi tatarabuelo ya había pasado por sobre los peruanos, dejando una mortandad en el fuerte Santa Rosa. Corrió a las cercanías del fuerte Ciudadela donde cayó herido de un balazo al pulmón. Por suerte, lo encontraron más tarde herido y vivo. Inmediatamente lo llevaron al hospital de Tacna donde lo recuperaron de la herida de guerra, pero allí se infectó de tuberculosis.

Al término de la guerra se quedó en Tacna. Fue entonces, cuando pasado el tiempo conoció al amor de su vida que más tarde sería su esposa, Sahara, con quien tuvo un hijo que murió como a los cuarenta y ocho años de edad de un infarto al corazón en Iquique.

El nombre de mi tatarabuelo era don Eliseo Valenzuela. Era de ascendencia irlandesa, portaestandarte del segundo de línea, el hombre más grande de todos los regimientos, con dos metros diez centímetros de estatura, ecónomo y encargado de los abastecimientos de los ranchos de los alimentos. Murió en Iquique, donde fue enterrado en el Panteón del Ejército Veteranos de Guerra.

⇒ MI ABUELO Y SU ENFERMEDAD ⇒

Benjamín Alejandro Arce Morales



13 años
Arica

Tercer lugar regional

Ilustración: Paula Bustamante

Mi abuelo padecía una enfermedad muy grave llamada Alzheimer, por eso la mayoría de mi familia sufría con él. En el ambiente había tristeza, además hacía unas semanas se había muerto mi abuela. Mi abuelo con Alzheimer nunca supo lo que pasaba, ya que era leve su enfermedad. Siempre yo le decía: “Hola abuelo, ¿cómo está?” y él me decía: “¿Quién eres?”. Yo siempre lo trataba de hacer recordar diciéndole: “Soy yo, Benjamín, tu nieto”, pero nunca entendía a la primera y le seguía diciendo hasta que entendía, pero le costaba. Mi abuelo no se acordaba ni siquiera de la muerte de mi abuela, solo recordaba que se había enamorado de una señora, pero ya no se acordaba de ella.

Sabía que a él le quedaba poco. Ya tenía 87 años. Aún andaba de pie, que eso para nosotros, ya era un milagro muy grande. Mis papás siempre andaban preocupados por sus pastillas y por su salud. De hecho, mi tío vivía con él. Siempre atentos con él, hasta que un día estaba demasiado pálido, como nunca antes había estado, además que él ya era blanco. Así que lo llevaron al hospital. Ese día me sorprendí, porque dijo: “Siento que esto se acabó, Benjamín”. Yo me quedé sorprendido, porque dijo mi nombre a la primera y en eso vi cómo cerraba los ojos. Se escuchó un silencio y nadie más trató de mencionarlo.

Desde ese momento nada fue igual que antes. Todo era triste. Nadie hablaba, nadie dirigía la palabra. Yo siempre estaba alegre, porque así es mi actitud, pero ya no era como antes. Trataba de ser lo más alegre con todos, de alegrar el ambiente, pero todos estaban con caras depresivas, sin ninguna reacción.

≡ EL LAGARTO Y EL POZOALMONTINO ≡

Scarlett Tamara Godoy O'Ryan



11 años
Pozo Almonte
Segundo lugar regional

Ilustración: Fabián Rivas

Cuenta la leyenda, que hace mucho tiempo atrás existía un lagarto que podía concederte un deseo, pero solo si lo tratabas bien, porque si lo tratabas mal no te lo daría. Se dice que este lagarto se encontraba en un lugar muy seco, y que un día tenía mucha sed, así que decidió ir a Pozo Almonte a tocar las puertas de las casas a pedir agua. Pero este pueblo quedaba muy lejos, así que rápidamente se puso en marcha.

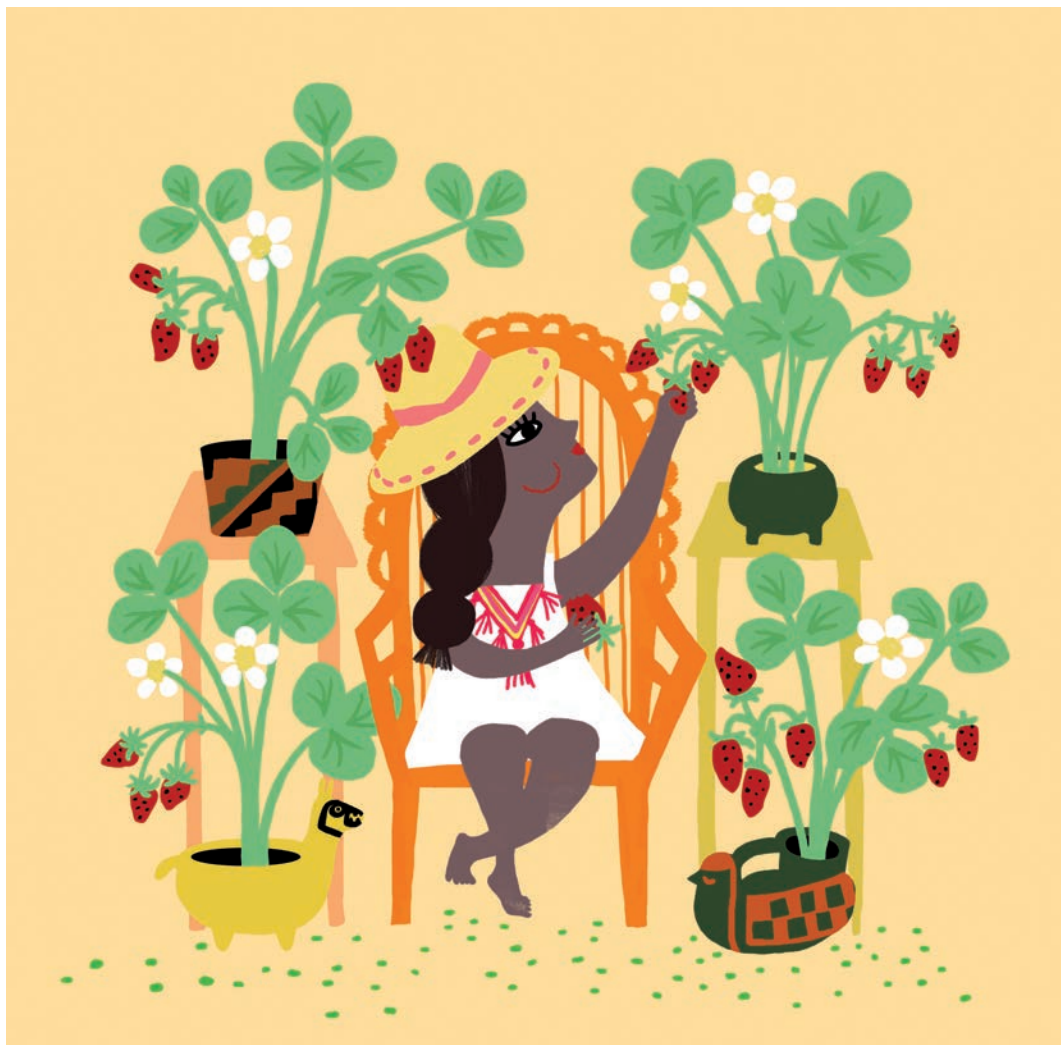
Al llegar decidió tocar las puertas de la calle principal del pueblo. En la primera casa donde tocó, salió una señora, pero al ver al lagarto se asustó y cerró la puerta. El lagarto se asustó y se dispuso a tocar en la próxima casa. Allí, salieron unos niños y le arrojaron piedras. El lagarto siguió su camino y al llegar a la novena casa, le abrió la puerta un pozoalmontino, quien le preguntó qué deseaba. El lagarto le explicó que estaba muy cansado y que tenía mucha sed, así que el pozoalmontino lo invitó a su casa a descansar y a tomar agua.

Una vez que el lagarto descansó, le dijo al hombre que le cumpliría un deseo a la persona que le tratara bien y que como él había sido tan bueno y amable, le concedería un deseo. El hombre después de pensarlo, le pidió que le diese un transporte para poder recorrer el desierto y así ayudar a la gente a trasladarse de un pueblo a otro. Es así como surgió el tren en esta zona seca, que logró unir a los pueblos de las salitreras.

El lagarto volvió para visitar al pozoalmontino, pero no lo encontró. Desde entonces lo espera al frente del liceo donde está la estatua de un lagarto.

≡ DAYHANNÁ ≡

Carlos Viza



7 años
Camiña

Tercer lugar regional

Ilustración: Pati Aguilera

Había una vez, una princesa que le gustaba comer frutillas. Un día vino una abuela que tenía mucha hambre. La princesa no le dio frutillas. La abuela era una bruja y la transformó en frutilla por muchos años.

⇒ SUYAI ESPERANZA ⇒

Estefania Antonella de la Cerda Marincovich



10 años
Antofagasta
Primer lugar regional

Ilustración: Sol Díaz

En el pueblo de diaguitas, vivía una niña de siete años con trenzas largas y brillantes. Se caracterizaba por ser amable, tranquila y tímida. Le gustaba hacer trabajos de alfarería, como su abuelo y toda su familia. Un día, con su madre, fabricó su primer jarro. Fue emocionante trabajar con ella. Fue una experiencia inolvidable. Esa jarra era especial, hecha de cariño, historia y recuerdo.

Al mes siguiente, se dirigieron a una exposición. Una vez al año mostraban sus trabajos. Era un momento de mucho orgullo. Suyai se presentó con su mejor vestimenta y con su jarra en mano. Ese día estaba muy ansiosa. Sus pies no le respondían.

Los primeros en llegar fueron unos estudiantes de su edad. Suyai quiso explicar su trabajo, pero su voz y sus pies se enredaron. Suyai vio caer su jarro y quebrarse en pedazos, pero lo que más le afectó fue escuchar las risas de los niños. Suyai quería salir corriendo. Como pudo, recogió los trozos del suelo y se apartó para tratar de armarlo. En eso escuchó una voz. Era una canción diaguita que le cantaba su abuela. Su corazón se calmó. Sus ojos dejaron de llorar y al mirar al frente, estaban los estudiantes cantando la canción de su abuela y con trozos de su jarra en sus manos. Pero, ¿cómo era posible? La maestra se acercó a ella. Le pasó los trozos que le faltaban y le dijo: “No es primera vez que vengo a esta exposición. Años atrás, una amable señora me enseñó esta canción en tu idioma y hoy la cantan todos mis alumnos”. Suyai sintió la presencia de su abuela y sus palabras de aliento. Y desde ese día fue con ánimo y orgullo a la escuela.

≡ LA NIÑA Y EL DIABLO ≡

Carolina Alejandra Valdivia Díaz



11 años
Taltal

Segundo lugar regional

Ilustración: Karina Cocq

Me contó mi abuelita María que en Paposo, ella con su prima fueron a pastorear las cabritas. Mi abuelita tenía nueve años y su prima Verónica, que era mayor, once. Comenzó a oscurecerse, pero como era noche de luna llena podían distinguir fácilmente todo a su alrededor. De pronto, se encontraron con algo muy extraño: en la penumbra distinguieron a un hombre con patas de gallina muy largas con una chaqueta negra, camisa roja y un pantalón negro. El hombre era alto. Ellas tuvieron mucho miedo y se quedaron muy quietas para que aquel espantoso ser no les hiciera daño.

Las cabritas al ver esa aparición, se asustaron tanto que se escaparon de su corral. Mi abuela junto con su prima, corrieron a la casa de su mamá. Después de correr tanto, llegaron a la casa y la mamá de mi abuelita les abrió la puerta, y se sorprendió al ver a su hija y a su sobrina de vuelta y sin las cabras. Entonces les dijo:

—Hija, ¿qué te pasa y por qué vienes tan cansada?

—Es que vimos al diablo. Era un hombre muy alto, con patas de gallina, camisa roja, pantalón negro y una chaqueta negra. Era horrible.

Después de tanto miedo, mi abuela se quedó dormida mientras que a su prima Verónica la fue a buscar su mamá, porque la mamá de mi abuela no la iba a dejar irse sola después de lo que pasó.

Al otro día, mi abuela se levantó y fue a buscar a su prima Verónica. Tocó la puerta y le abrió. Enseguida las niñas se fueron a jugar, luego de escuchar las recomendaciones de la madre de Verónica que les dijo que no volvieran tarde.

Después de un rato, a mi abuela la llamó su madre a almorzar y Verónica quiso quedarse un rato más. Después de un rato, a Verónica le dio hambre y decidió irse a su casa, pero en el camino se encontró con un niño alto como de su edad. El niño le habló y luego, le dijo:

—¿Me acompañas a pastorear las cabritas de mi mamá?

Verónica le respondió:

—Claro, pero no debo volver tarde a mi casa.

El niño le dijo que no se preocupara. Luego de un largo rato, la mamá de Verónica la fue a buscar donde siempre jugaba, pero la niña no estaba. Al no encontrarla se preocupó mucho y se fue a casa de su hermana, pensando que debía de estar allí. Cuando llegó, tocó la puerta y salió a abrir mi abuela María, quién le contó a su tía, que Verónica se había quedado jugando donde siempre.

La preocupación de la madre de Verónica se hizo evidente, y en ese mismo instante comenzaron a buscarla. Al no tener éxito en su búsqueda, su madre decidió pedir ayuda a la policía. Llegó la noche y la mamá se durmió rendida de tanta preocupación.

Al día siguiente, los policías encontraron a Verónica en una cueva profunda y oscura. Los policías la llevaron donde su mamá, quien al verla la recibió con un fuerte abrazo y le preguntó, qué le había sucedido. Verónica le contó a su madre que cuando iba camino a casa se había encontrado con un niño de su edad y que se hicieron amigos. También le contó, que ese niño le pidió que lo acompañara a pastorear las cabras, pero luego de ese momento no recordaba nada. Su madre le dijo que tal vez, ese amigo era el diablo. Verónica no lo podía creer y en ese momento sintió tanto miedo que su cuerpo se estremeció de sólo pensar que había estado con el diablo. En ese mismo instante prometió a su madre, no salir a jugar sola nunca más.

Cuenta mi abuela María, que alrededor de cincuenta años atrás era muy común que los pobladores tuvieran encuentros cercanos con el diablo.

≡ **LA COLORADA** ≡
Luis Francisco Ángel Castillo



10 años
Taltal
Tercer lugar regional

Ilustración: Isabel Hojas

Al norte de Paposo se encuentra una caleta llamada La Colorada, cuyo nombre se debe a que hace muchos años se aparecía allí una hermosa sirena, que tenía el pelo largo y colorado. Un día de invierno, mi bisabuelo, un pescador llamado Luis Armando, el papá de mi abuelito Talo, que me contó esta historia, salió a la pesca en una panguita junto a otros pescadores de mi pueblo y tomaron rumbo hacia unas playas, kilómetros más al norte. El día estaba frío y nublado, pero ellos iban con mucha fe en que tendrían un buen día de pesca. Navegaron por un par de horas hasta que decidieron varar su botecito en un lugar donde el mar se veía tranquilo y calmo para pescar. En eso, llegaron a la orilla los dos amigos de mi bisabuelo Luis. Eran pescadores buzos, así que se pusieron sus trajes para entrar al mar y decidieron que Luis, que era el *tele*, se quedara en la orilla mientras ellos regresaban del buceo.

Cuando se fueron los compañeros, mi bisabuelo decidió tomar un *chope*¹⁵ y su *chinguillo*¹⁶ para mariscar, mientras volvían y así él no se aburriría con la espera. Mi bisabuelo Luis mariscaba y miraba con asombro, porque a medida que pasaban los minutos eran muchos los mariscos que salían entre las rocas. En todos sus años que llevaba como pescador no había visto eso. Sin embargo, los recogía feliz, porque volvería con muchos mariscos al hogar. Fue en ese momento de felicidad cuando escuchó a lo lejos una voz dulce que cantaba. Sentía que esa voz lo envolvía en curiosidad. Entonces, decidió buscar de dónde provenía esa voz. Se fue acercando en silencio y fue ahí su asombro, porque al llegar a las rocas que estaban más cerca del agua, se dio cuenta que había una mujer que estaba de espaldas. Tenía su cabello muy colorado. Ella era la que cantaba con esa mágica voz. Tal fue el nerviosismo de mi bisabuelo que dejó caer el *chope* de su mano y fue ahí, cuando esta hermosa mujer se lanzó al mar y desapareció entre las olas.

Mi bisabuelo Luis, nervioso corrió hacia la panguita a la espera de sus compañeros y poder contarles lo que había ocurrido. Cuando ellos volvieron, su corazón aun latía con fuerza. Sus compañeros se dieron cuenta de su nerviosismo y le preguntaron qué le ocurría. Mi bisabuelo Luis logró salir de su asombro y les contó lo que había sucedido...

Actualmente, algunos pescadores han visto a la sirena en días que se encuentran completamente nublados. Este es el origen del nombre de la caleta La Colorada, lugar muy propicio para la pesca y para acampar, porque es muy abrigado.

¹⁵ Chope: instrumento de madera plano para mariscar (nota del editor).

¹⁶ Chinguillo: red en forma de saco, que va sujeta a un aro con mango (nota del editor).

⇒ LA CUCAMULA ⇒

Antonella Anastasia Balcázar Paredes



11 años
Vallenar

Segundo lugar regional

Ilustración: Paulina Leyton

Mi abuelita me contó que cuando ella vivía en el valle del Elqui, su mamá estaba embarazada. Cuando le dieron ganas de tener a su bebé, los mandó a la casa de su abuela a buscarla, ya que era partera y la ayudaría. Mi abuelita y mis tíos se fueron por el camino viejo, ya que en esos tiempos no había muchos vehículos y la locomoción no llegaba a la casa de mi abuela. Mientras caminaban, más oscuro se iba poniendo y aún les faltaba mucho por llegar, porque había que caminar como una hora para llegar hasta allá. Ellos caminaban lo más rápido posible para poder llegar. En eso mi abuelita se tropezó y cayó sobre unas espinas de algarrobo. El hermano mayor de mi abuelita le sacó las espinas, que se le habían clavado en el pie. Cuando se las sacó, esperaron un rato y subieron caminando. A lo lejos, divisaron el puente Puclaro. Ahí ya estaban más tranquilos, ya que al cruzar el puente solo estaban a quince minutos de la casa de la abuela de mi abuela, la partera. De repente, los perros empezaron a aullar, así que retaron a los perros, pero ellos siguieron aullando. A lo lejos escucharon que algo relinchaba. Corrieron a esconderse debajo de un sauce llorón y por el cielo pasó relinchando un animal igual que una mula. Los hermanos de mi abuela le decían que se quedara tranquila y no se moviera, que lo que había pasado por el cielo relinchando era la Cucamula, que era un animal igual que un caballo, pero con alas, y relincha igual que una mula.

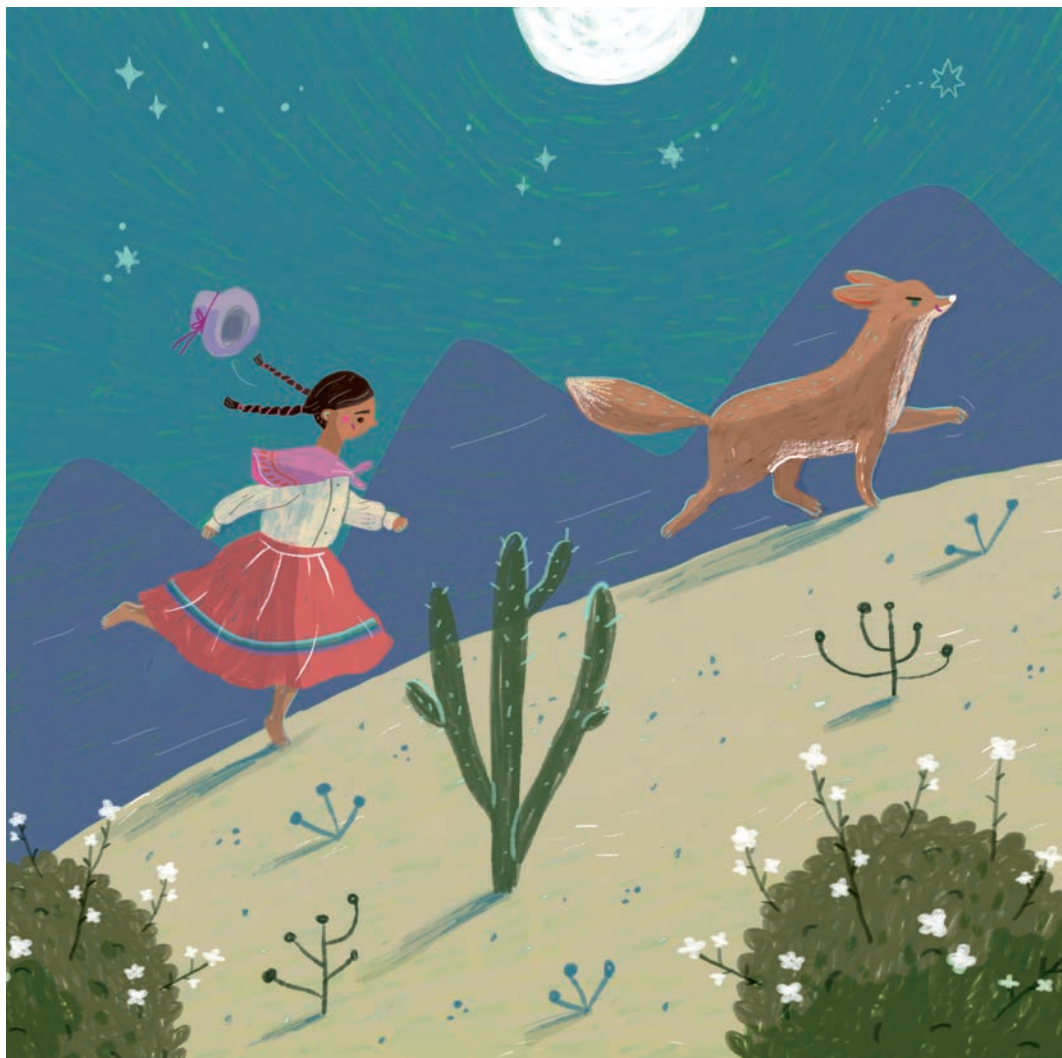
Mi abuelita con sus hermanos esperaron que el animal pasara y dejara de relinchar para ir a buscar a su abuela. Cuando el animal ya no se sentía, caminaron al puente para pasar al otro lado. Cuando pasaron el puente, estaba la abuelita esperándolos, porque los había escuchado. Mi abuelita y sus hermanos asustados le contaron que habían escuchado a la Cucamula. La abuelita les dijo que cada vez que la escucharan se debían esconder debajo de cualquier cosa y que jamás la sombra les pasara por encima.

Mi abuelita después que me contó esta historia, me dijo que ella siempre le tuvo miedo a ese animal y que cada vez que lo escuchaba, se escondía en un lugar donde la sombra no le pasara por encima. Pero ella, nunca más lo vio, solo lo escuchó. La mamá de mi abuelita, sí lo vio y siempre les advirtió a todos sus hijos que debían cuidarse de ese animal. Mi abuelita dice que antiguamente a la persona que le pasara la sombra de la Cucamula por encima, podía quedar enferma o tener una muerte instantánea.

Esta historia me la contó mi abuelita Graciela. Esto le pasó a ella en el valle del Elqui, Vicuña, y lo vivió cuando ella tenía entre doce y trece años de edad.

≡ LA NIÑA DE LA CAMANCHACA ≡

Catalina Beatriz Muñoz Lobos



11 años
Huasco

Tercer lugar regional

Ilustración: Margarita Valdés

Se llamaba Gabriela Ortiz. La última vez que la vieron, pastoreaba con sus cabras. El invierno había sido particularmente lluvioso, así que abundaban los pastos cerca del actual Parque Llanos de Challe. Ese día, la niña se perdió persiguiendo a un zorro chilla que se apareció cerca de un *taffoni*. Estos son unos montículos rocosos erosionados por el viento. Lo escurridizo del animal y la curiosidad propia de toda niña, la llevaron más allá de los límites que acostumbraba a respetar. Así, la encontró la noche fría y solitaria. Un manto de niebla comenzó a avanzar desde la costa y cuando llegó al lugar donde estaba la pequeña, el espesor de la niebla no le permitió ver bien donde pisaba, y a pesar de que no perdía la fe de que iba a volver a su casa, el destino quiso otra cosa, porque cayó accidentalmente en una quebrada.

Dicen los pueblerinos que la niña no murió, aunque otros afirman lo contrario. La verdad es que el alma de la niña se fundió con la neblina costera, convirtiéndose en parte de ella, así que cada vez que alguien se pierde en el desierto de Atacama, siente como una extraña fuerza que la ayuda a regresar, formando un extraño camino entre la Camanchaca que, a veces, refleja la forma de una niña.

⇒ SANTOS ⇐

Pablo Mateo Dario Donoso Alviña



12 años

Illapel

Primer lugar regional

Ilustración: Mariel Sanhueza

Cuenta mi abuelito que en el fundo El Naranjo, cercano al pueblo de Caimanes, comuna de Illapel, región de Coquimbo, había una familia de apellido Sotomayor. A la madre de mi abuelito, o sea mi bisabuela, cuando tenía doce años, la llevaron a trabajar a la casa de “los Sotomayor” como niñera ya que tenían tres hijos: Clemente, el mayor, Vicente y la pequeña Josefina. Esta familia tenía a un muchacho para los mandados y para que les llevara la leña en burro, ya que en esos tiempos era el medio de transporte que usaban.

Este joven se llamaba Santos y tenía capacidades diferentes, pero era muy cariñoso, bondadoso y trabajador. Sin embargo, el patrón, don Juan Sotomayor, era muy malo con Santos. Lo hacía dormir en el pajero que estaba abierto por todos lados. El pobre casi se congelaba de frío. Así fue día tras día, por lo que este muchacho se enfermó gravemente, por los malos tratos que recibía por parte del patrón.

Dice mi abuelo que su madre le contaba que ella sentía mucha tristeza al escucharlo lamentarse y sufrir de esa manera, ya que por la fiebre que tenía, se quejaba y deliraba toda la noche y todas las noches, hasta que un día, ya no se escuchó más el lamento de Santos. Al otro día, la señora Adela le preguntó a su esposo, el patrón, por Santos y él le respondió: “Amaneció vuelto para el otro lado” y eso, significaba que había muerto. La señora Adela dijo, que tenía que velarlo como se hacía con la gente que fallecía y en el mismo pajero le encendió cuatro velas. Por la noche, lo dejaron solo y las velas al consumirse comenzaron a encender la paja que estaba alrededor, llegando a quemar parte del cajón que hizo el patrón con tablas viejas y pintado con carbón para ahorrarse un ataúd.

Al día siguiente, el patrón lo echó en el mismo burrito que Santos traía la leña y lo fue a sepultar al campo en cualquier parte. Pasaron cinco meses de este suceso tan triste y desolador. Al poco tiempo, el hijo mayor de “los Sotomayor” enfermó gravemente y falleció. Al otro mes, enfermó la niña Josefina y también falleció. Y al siguiente mes, enfermó Vicente, el hijo del medio, y también falleció. Y así fue como “los Sotomayor” perdieron a sus tres hijos, como castigo por haber sido tan malos con el pobre Santos, quien tenía capacidades diferentes, pero su corazón estaba lleno de amor.

“Los Sotomayor” nunca más pudieron dormir tranquilos, ya que se cuenta que cada noche cerca del pajero donde murió Santos, se escuchaba el lamento de una persona y ellos entendían que era el espíritu de Santos, que iba a recordarles los lamentables actos que cometieron, durante toda su vida.

≧ **VITORINA** ≦

Valentina Andrea Alfaro Maldonado



13 años
Illapel

Segundo lugar regional

Ilustración: Cristian Garrido

Me contó mi bisabuelo, el padrino de Vitorina, que ella se ha convertido en un personaje muy típico de Illapel, ya que siempre está acompañada de sus plantas, sin importarle cuánto deba recorrer para conseguirlas y ofreciéndolas por donde vaya. A Vitorina solo le importa tener un trabajo para ganarse la vida. No es raro divisarla en busca de sus hierbas con propiedades curativas, para luego venderlas en la feria o por las calles de la ciudad. Es fácil distinguirla en cualquier sitio, ya que generalmente viste de princesa y junto a ella siempre va una carretilla o un carrito con sus plantas.

Un día, cuando Vitorina era pequeña, iba caminando por un cerro con una vestimenta completamente normal, es decir, un buzo y una polera de manga larga, recolectando hierbas en su carretilla. De pronto, se disponía a arrancar una mata de escarapela, cuando sintió un peso hacia adelante, lo que provocó que se cayera. Vitorina se puso de pie y notó algo distinto en el lugar. A su alrededor comenzaron a crecer todo tipo de plantas medicinales y frente a ella, apareció un duende. La niña no se asustó, ya que la criatura parecía inocente. El duende saludó a Vitorina:

—Hola, Vitorina, ¿cómo estás? Yo soy el duende Bru...

La chica se sorprendió, ya que el duende sabía su nombre sin que ella se lo hubiera dicho, por lo que decidió interrumpirlo

—¿Y tú? ¿Cómo sabes mi nombre?

El duende continuó su presentación:

—Como decía, soy el duende Bruno, el asistente del soberano y he venido a visitarte para comunicarte que te hemos estado observando y descubrimos tu amor por las hierbas medicinales. Nos dimos cuenta que a tu corta edad no solo las recolectas por dinero, sino que también lo haces con amor, cariño y dedicación. —El duende hizo una pausa mientras se formaba en su cara una sonrisa de oreja a oreja, preparándose para dar un gran anuncio—. Junto con el rey hemos decidido que tú eres la elegida.

—¿De dónde eres? ¿Cuál rey? ¿Para qué me eligieron? —consultó Vitorina

—Hacia allá voy —continuó Bruno—. Yo pertenezco al majestuoso valle de las Plantas. Junto con el rey de este lugar, cada cien años elegimos a una joven para que cuide y ame las plantas, no solo por obligación, sino que también por pasión, como lo haces tú. Lo que hacemos con esta joven, es hacerle un reconocimiento, y convertirla en la reina de las plantas llevándola a vivir a nuestra tierra. Esta vez, la muchacha electa fuiste tú. Desde ahora en adelante, no tendrás que hacer nada, ya que habrá personas que lo hagan por ti.

Vitorina decidió intervenir en el relato:

—Querido Bruno, quiero agradecerte el reconocimiento que junto a tu rey me están haciendo. Me emociona mucho que valoren lo que hago, pero quiero decirte que esto es mucho para mí.

Bruno no demostró sorpresa y siguió:

—Con mi soberano sabíamos que eras muy humilde y temíamos que esto pasara, pero encontramos una solución. Te dejaremos seguir en Illapel para que sigas haciendo lo que te gusta. Las plantas aparecerán siempre que las necesites. Nunca te faltarán y no tendrás mayor dificultad para encontrarlas.

Vitorina no alcanzó a agradecerle, ya que despertó. El golpe de la caída había sido tan fuerte que se había aturdido, por lo que pensó que lo del duende había sido solo un sueño. Pero al examinarse bien, notó que ahora ya no vestía su polera, ni su buzo, sino que traía puesto un vestido de princesa así que se dio cuenta de que todo había sido real.

Desde ese momento, Vitorina se dedica a la recolección y venta de hierbas medicinales que consigue principalmente en la cuesta Cavilolén, y tal como dijo el duende, nunca le han faltado. Sí, como toda persona tiene más pasatiempos, pero las plantas son lo que realmente ama.

≧ DON CABRITA ≦

Andrés Humberto Yáñez Cortés



12 años
Combarbalá
Tercer lugar regional

Ilustración: Paula Bustamante

Cuenta mi abuelito que hace muchísimos años atrás, por allá por el año 1924, en la localidad del Chañar, sector de Quilitapia, vivía un señor al que le regalaron una linda cabrita. Esta cabrita se crió huacha, ya que en ese lugar la gente era muy pobre porque vivía de la agricultura y hubo muchos años de sequía, por lo tanto, la cosecha era muy mala en ese tiempo.

Este caballero llamado Pedro Luis era un señor muy pobre, pero con una imaginación brillante. Se quedaba toda la noche pensando sobre qué podía hacer para conseguir un poco de dinero. Un día le comentó a su señora:

—¡Vieja! ¿Qué te parece si vendemos la cabrita?

La señora le respondió al instante:

—¡Pero cómo Pedro, si los regalos no se deben vender!

Don Pedro Luis le comentó que ya había hablado con don Floridor, que se la iba a vender y que vendría por la cabrita a las ocho de mañana. Don Pedro Luis, sin ningún pelo de tonto, soltó la cabrita a las seis de mañana por el cerro. Cuando llegó don Floridor a buscar la cabrita, don Pedro le dijo:

—¡La cabra se largó al cerro!

—¡Pero cómo se te iba a escapar! —le dijo don Floridor— ¡Si yo te pasé hasta la plata!

Don Pedro Luis le propuso que regresara en la tarde y que ahí le tendría la cabrita sin falta. Don Floridor llegó por la tarde y *naca la pirinaca*¹⁷.

Don Floridor comenzó a sospechar de la actitud que tenía su amigo Pedro Luis y le dijo:

—¡Mañana quiero la cabra sí o sí!

Pero la cabra nunca apareció porque don Pedro Luis la tenía escondida. Debido a esta situación perdieron la amistad y don Floridor perdió su dinero a causa de este señor pillo. En el hogar de Pedro Luis siguió la pobreza y la mala suerte. Un día, don Pedro Luis le dijo a su señora:

—Micaela, vieja, ¿qué vamos a hacer ahora? ¿Se te ocurre algo?

Ella le respondió:

—A mí no se me ocurre nada. Tú eres más ingenioso, viejo.

—¡Se me ocurre algo, Mica! Me haré el muerto. Entonces vendrá mucha gente y nos traerá provisiones y dinero, y así tendremos comida para un buen tiempo.

¹⁷ Naca la pirinaca: expresión popular que significa “nada” (nota del autor).

Así que un buen día, don Pedro Luis se hizo el muerto. Doña Mica fingía estar llorando para hacer creer a la gente que su esposo había fallecido. Mucha gente le comentaba que era muy bueno, hasta su vecino don Floridor.

El día en que don Pedro Luis se estaba haciendo el muerto, había comido porotos granados. De pronto, por una incomodidad en su guatita, se le escapó un gas y don Pedro Luis se desprendió de su sábana que estaba en el catre de tabla y cayó al piso. La gente salió arrancando y gritando:

—¡Está vivo don Cabrita!

Un vecino, llamado Cinguriano, gritó:

—¡A mí me quedó debiendo este sinvergüenza! Nos hizo lesos. No está *ná'* muerto.

Pasó el tiempo. Don Pedro Luis y su señora Micaela tuvieron víveres para al menos seis meses. Con esta situación, Floridor dijo:

—¡Me engañó de nuevo, don Cabrita!

Después de estos seis meses, Pedro Luis y Micaela se volvieron a empobrecer. Comenzaron a quedarse solos debido a que ya nadie creía en ellos, ya que don Cabrita había hecho lesos a muchos vecinos de los pueblitos cercanos como Paclas, Quilitapia, etc.

Un día, don Pedro Luis se enfermó de verdad. Le quedaban pocas fuerzas para sus ingeniosas pillerías. Hasta que el día menos pensado, don Cabrita murió. Era temporada de invierno así que llovía mucho. Llovió toda la noche del funeral.

—¡Cómo vamos a llevar a este viejo pillo al cementerio de Quilitapia! ¡Con los caminos malos no se puede transportar en vehículo! ¡Ojalá que escampe para llevarlo en las mulas al cementerio!— dijo don Labriano.

Las bajadas de las quebradas eran muy grandes. Sólo se podía cruzar a caballo, pero era la única manera de llevarlo al cementerio. Los arrieros buscaban pasada por todos lados pero no encontraron. Mientras tanto, sus vecinos hacían críticas negativas sobre él. Don Floridor decía:

—¡Menos mal que se murió este viejo sinvergüenza!

Y don Labriano que aún estaba buscando la manera de pasar la quebrada, se preguntaba:

—¿Por dónde habrá pasado este viejo pillo cuando bajaba las quebradas en estos inviernos tan lluviosos?

Alguien le dijo:

—Yo echaré adelante mi macho, porque está acostumbrado a los ríos de la cordillera.

Entonces el macho se colocó huraño, porque no quería pasar el estero. Don Labriano perdió la fuerza de sus manos y dijo:

—¿Por dónde pasaría este desgraciado en temporadas como éstas?

De repente, don Cabrita le contestó:

—¡Cuando yo estaba vivo pasaba más arribita!

Don Labriano de puro susto largó el cajón al estero, perdiéndose en las aguas turbulentas que traía la quebrada. ¡Ese fue el triste final de don Cabrita! ¡Nunca pensó que iba a tener una muerte de esa manera!

Los vecinos comentan hoy en día, que al poco tiempo la señora Micaela dejó este mundo sin poderle dar a don Pedro Luis una sepultura como correspondía...

Esta historia nos deja la enseñanza de que nunca debemos aprovecharnos de la gente humilde que nos rodea, ya que algún día se nos devolverá la mano.

LA SEÑORA CHIQUITITA

Dabne Dianet Castro Altamirano



11 años

Cabildo

Primer lugar regional

Ilustración: Fabián Rivas

—¡Llegaron, llegaron, casera! ¡Llegaron las ollas y las teteras!...

Así gritaba el señor, que cada cierto tiempo venía con un burrito cargado vendiendo de todo un poco. “Barato”, decía, aunque mi papá solo algunas cosas dejaba... “Está muy caro”, decía, pero igual compraba palas y herramientas que necesitaba. Yo miraba y nunca me acercaba. Cuando quise ir me dijeron: “Son cosas de grande” y no me llevaron... siempre quise saber qué otras cosas traía... “Tal vez trae de esas cosas bonitas que hay en la casa del patrón o de esas cosas chicas que tienen sus hijos... mmm... “juguetes” parece que los llaman. Pero no iba, porque los niños chicos no van donde van los grandes... eso fue lo que me enseñaron.

Un día, que papá no estaba, escuché que gritaba casi como cantando. Sus productos anunciaba. Era fácil reconocerlo y de lejos se escuchaba. Es que no había autos ni camiones ni máquinas... ni nada... fui corriendo donde mamá...

—¡Mamá! ¡Mamá...! ¡El casero!... —así lo llamaban...

A ver si mi mamá iba a comprar y me llevaba...

—Vamos —me dijo—. Hay que aprovechar que después no pasa.

Yo me apuraba... una tetera, un jarrón y un lechero, ella miraba. Yo, rodeando el burrito, todo, todo, pero todo, observaba... no conocía algunas cosas. Pero igual me gustaban.

De pronto en un rincón, entre las cucharas y casi tocando el aparejo, había una de esas cositas... se parecía a una señora chiquitita que me miraba...

—Señor —le dije... y me miró—. ¿Qué es esto? —le pregunté...

—Una muñeca de carey —me dijo...

—¡Aaa!... —le dije yo...— Y... ¿para qué sirve? —le volví a preguntar...

Extrañado me miró...

—Para jugar —me respondió.

“Jugar”... pensé en silencio.

—Y cómo si es tan bonita y está nueva... ¡Qué raro!...

Me alejé un poco y otro poco... para no verla... es que me miraba y me miraba y mientras más me miraba, a mí más me gustaba... pero recordé que papá decía que algunas cosas son muy caras... esta debe ser una de esas cosas, pensé y me dio pena... pero no lo demostraba... para que mamá no se pusiera triste, por si no le alcanzaba... y me fui y de lejos, miraba. Mi mamá otra vuelta al burrito le daba. Tocaba cosas y nada compraba... «Mmm... no le alcanza», yo pensaba y miraba y miraba...

—Hasta luego casero —le dijo mi mamá...

—Hasta luego caserita —le dijo el señor.

Y se fue gritando o cantando... eso que gritaba... Mi mamá sonriente se acercaba...

—Vamos *pa'* dentro —me dijo...

Y...yo fui...

—¿*Querí'* ver lo que compré? —me preguntó.

—Bueno...

—Mira. Un jarro de porcelana... un lechero y unas cucharas...

—¡Qué bonito mamá...! —alcancé a decir y ahí... ahí... ¡ahí estaba!... dentro del lechero, oculta, estaba... la señora chiquitita, o sea... ¡la muñeca! No recuerdo el apellido que dijo el caballero... ¡pero ahí estaba!...

—¡Sácala! ¡Es para ti!... vi brillar tus ojos cuando la mirabas... y el casero me la dio con rebaja para que te la dejara... ¿Te gusta?...

—Sí...

Y me la entregó... no sabía bien cómo se tomaba.

Con mis dos manos la recibí y la llevé a mi pieza y sobre el cajón de la ropa la puse, y desde allí me miraba y yo la miraba también... por si me hablaba... es que parecía señora y si miraba, tal vez también hablaba... yo no sabía, por eso la miraba... pero no habló... así es que me acerqué y yo le hablaba...

—Hola, señora...—le dije y como no hablaba... se me ocurrió, que si miraba sus ojos sabría qué pensaba... y eso hice...

—Hola, señora... —volví a preguntarle y a sus ojos miraba...

—¡Hola!... —sentí que quería decir y como no hablaba... yo cambiando mi voz la ayudaba... y así pasaba el rato conversando con la señora y de todo hablábamos...

—¿Cómo le fue hoy, señora?

Y ella con su voz ronca me contestaba:

—Muy bien.

¡Qué felices fuimos! Aunque nunca recordé su nombre ni menos su apellido... pero me dijo que Juana se llamaba.

Éramos tan amigas que un día me dijo:

—Puedes tratarme de tú, si quieres... las amigas, así se tratan...

Nunca se movió del lugar donde la dejé... y supuse que tampoco caminaba o bien tan a gusto en ese lugar estaba que nunca la saqué para no incomodarla. Además, desde allí mientras dormía también me miraba.

Un día mi papá buscando algo en el cajón, vio a la Juana...

—¿Y esta señora tan chiquitita?... ¿Quién es? —me preguntó... pero contestó la Juana...

—Hola, don papá... yo soy la Juana... —le dijo...

Y papá sonriendo, respondió...

—Hola, doña Juana... permiso, me retiro...

—Adelante, don señor —le dijo la Juana.

A veces pienso qué sería de mí si no estuviera la Juana, y qué afortunada soy, porque solo a mí me habla... bueno y una vez a papá aunque a veces ni la miraba.

Bien, ahora ya es tarde y me debo ir a acostar...

—Buenas noches, amiga Juana...

—Buenas noches... hasta mañana.

≡ EL HOMBRE CABALLO ≡

Samanta Antonella Piñeiro Quiroz



8 años

San Antonio

Segundo lugar regional

Ilustración: Pati Aguilera

Mi abuelito que vive en el campo, me contó que como en los años 80 se hizo muy amigo de su vecino quien tenía un hijo llamado Javier. Un día, Javier tuvo que ir a la parcela que tenían unos kilómetros más allá, ya que los vecinos le habían dicho que el día anterior había aparecido un caballo chúcaro en su terreno. Por seguridad, agarró un palo para acercarse al caballo. Sin imaginarlo, cuando se acercó, el caballo comenzó a hablar y le contó que era un hombre y un mago lo había transformado en caballo hacía mucho tiempo. Le dijo, que si miraba sus dientes podría salvarlo y deshacer el hechizo, pero no fue así.

Lo engañó, porque al mirarle los dientes, pasó al cuerpo del caballo y el hombre volvió a un cuerpo humano. Era el mismo mago que había fallado haciendo un hechizo. El hombre salió corriendo y Javier, como no sabía caminar como caballo, lo perdió de vista. No había vuelta atrás. Le dio tanta vergüenza volver a su hogar que decidió vivir como un caballo salvaje alejado de las personas. Su familia lo buscó durante muchos años sin encontrarlo.

El hijo de otro vecino, les contó lo que le había pasado a Javier, ya que dicen que en el bosque que queda por aquí cerca, aparece un caballo que habla solo con los niños, por eso lo apodaron “El hombre caballo”, que ronda los bosques contando su historia y buscando amigos con quien jugar.

≡ LA ESCALERA DEL DIABLO ≡

Ángela Victoria Vivar Cáceres



11 años
Petorca

Tercer lugar regional

Ilustración: Sol Díaz

En una fría y lluviosa tarde de invierno, de visita en casa de mis abuelos, mientras mi abuela Olga preparaba unas deliciosas sopaipillas y picarones para tomar onces, mis primos y yo nos instalábamos alrededor de la chimenea para escuchar los relatos de mi abuelo Avanejó, nacido y criado en la localidad de Manuel Montt, en la comuna de Petorca. Mi abuelo empezó su relato contándonos que en la entrada de Hierro Viejo, pasando el túnel La Grupa, se ve una escalera al revés y dice, que es por donde arrancó el mismísimo cachudo de los mineros y del cura del pueblo.

Se dice que en ese pueblito se paseaba el diablo con un elegante terno negro mostrando su dentadura de oro. Le gustaba aparecer en la fecha de pago donde solía llegar en un enorme caballo negro. En ocasiones, también llegaba a pie para entusiasmar a los mineros, ir a las ramadas a beber y bailar cueca. Mientras el diablo se lucía bailando, un minero sorprendido por la destreza del afuerino bailando exclamó:

—¡Chita que baila bien ese roto, por la mismísima Virgencita!



Al oír la invocación de la Virgen, el cola larga arrancó despavorido. Al darse cuenta los mineros que este era el verdadero don Sata, se asustaron, pero aun así lo salieron persiguiendo con cruces en manos junto al cura del pueblo, que con tanto alboroto y bullicio se despertó, y armado de agua bendita acompañó a los lugareños en esta persecución. Al llegar al cerro, don Sata hizo aparecer una escalera de piedra por donde subió velozmente. Los mineros y el cura trataron también de subir, pero don Sata al llegar a la cima, invirtió los peldaños de la escalera impidiendo que los mineros y el cura lo siguieran. Así logró escapar de ellos.

Según cuenta la leyenda que nos narra mi abuelo, todos los años en la noche de San Juan, con lámpara en mano se ve subir y bajar a una persona. Los lugareños del pueblo aseguran que es el mismísimo don Sata que recuerda cómo se burló y escapó de los mineros y el cura.

De repente se escucha un grito de mi abuela Olga: “¡Están servidas las onces!”, nos hizo saltar del miedo. Disfrutando las delicias de mi abuela, nos olvidamos del susto provocado por la historia de mi abuelo Avanejó.

Cada vez que voy a Petorca, al pasar por Hierro Viejo no puedo evitar mirar hacia la derecha de la piscina y mirar los peldaños invertidos de la escalera del diablo, recordando la tenebrosa historia contada por mi abuelo.

≧ EL VESTIDO DE MI ABUELA ≦

Antonia Paz Lagos Novoa



12 años

La Florida

Primer lugar regional

Ilustración: Karina Cocq

Era 18 de septiembre en la mañana y yo me levanté muy temprano para ir a las fondas del Estadio Nacional con mis amigas. Estaba emocionada, porque era la primera vez que iríamos juntas. Estaba saliendo de la casa cuando mi abuelita que vive con nosotros me gritó y me dijo:

—¿Adónde vas, jovencita?

—A las fondas del Nacional, Yeya. Le dije ayer ¿no lo recuerda? —le contesté frenando en seco.

—¿Va a una fonda así? No, no, no —dijo señalando mis ropajes que eran unos *jeans* con una polera de Condorito que decía “Viva Chile”—. Usted no se va *pa' niún* lado con esa ropa. Venga *m'hija*.

Me tomó y me llevó a su pieza. Al llegar abrió su closet y sacó un antiguo, pero hermoso vestido rojo con flores amarillas, tan chileno como los porotos. Sonrió y dijo:

—¡Póngase este vestido!

—Pero, Yeya. Es una fonda del siglo XXI —dije riendo, pero ella bien terca me replicó malhumorada:

—A ver, *m'hija*. ¡Usted y sus niñerías de este tiempo no me ganarán! —colgó el vestido en la puerta del closet, se aclaró la garganta y se sentó en la cama: este vestido es muy especial, ¿sabe? Yo siempre iba a la ramada del Club de Huasos de mi pueblo... San Carlos, usted lo conoce. Yo era la reina de la cueca, siempre bailaba con lolos muy guapos. Ese 18 en que tenía su misma edad, trece años, fui con un hermoso vestido azul. Al llegar allá, me encontré con mis amigas y esperamos que empezaran los bailes. De pronto, se me acercó Miguel, un compañero de escuela con el que nunca había hablado y me empezó a hablar. Yo le seguí el juego y terminamos jugando rayuela y tomando un rico mote con huesillos juntos. Cuando comenzaron a sonar las cuecas, Miguel me miró para que bailáramos, pero otro joven al que nunca habíamos visto, alto, de vistosos ojos azules y pelo castaño, me sacó a bailar. Y yo como nunca rechazo una cueca...acepté, ja, ja, ja. Bailamos una buena cueca. Él era muy buen bailarín y por un momento me sentí atraída por él. Al terminar, todos nos aplaudieron, pero Miguel... sí, *m'hija*: tu tata Miguel... le gritó al muchacho:

—*Usté* no me engaña, *usté* es el *colúo*...¡El diablo! ¡*Usté* es el diablo!

—¿Cómo demuestra usted que yo soy el diablo?

—Porque le vi la cola —gritó aún más fuerte su tata.

El muchacho sonrió y dejó ver una larga y sádica cola, y unos cachos largos y encorvados desde su cabeza. Todos gritamos menos su futuro tata que le dijo:

—Váyase a molestar a otro lado, *colúo*, que aquí no queremos leseras.

—Me iré, pero antes —se dio vuelta y me habló—. Como eres tan buena *pa'* la cueca te dejaré este vestido que te protegerá de mis maldades.

Chasqueó los dedos y mi vestido azul se volvió rojo y con flores amarillas, y el diablo desapareció al instante.

—¿De verdad, Yeya? —le pregunté.

—*Sip*, y si no me cree pregúntele a su tata —me dijo ella.

Tomé el vestido y me lo puse:

—¿Cómo me veo? —pregunté. Y mi Yeya me dijo:

—Muy guapa *m'* hija. Ahora vaya a la fonda, baile cueca y demuestre que es nieta de su abuela.

—¡¡¡¡SÍ, YEYAAA!!! —grité y le di un beso. Y luego, me fui a las fondas orgullosa con mi vestido rojo con flores amarillas.

≡ LA PATA DEL DIABLO ≡

Vicente Alonso Soto Naveas



7 años
San Miguel
Segundo lugar regional

Ilustración: Isabel Hojas

Raúl Gómez vivía al otro lado del puente colgante a la subida del cerro en la cordillera. Su familia era su mujer y sus cinco hijos. Trabajaba esporádicamente en el ferrocarril. Era un hombre silencioso. Su compañero de trabajo, le preguntó un día qué le pasaba y él le contestó:

—Nada. —Luego sacó la voz y agregó—: Quiero irme a otro lado, donde ganar más. Los chiquillos pasan hambre y no tengo qué darles de comer. No quiero ser más pobre, quiero ser rico.

Su compañero lo escuchó y luego le dijo:

—Pídele a Satanás. Él tiene harta plata, ja, ja, ja.

Raúl lo miró. De repente, como si hubiera estado dormido, le dijo:

—¿Y cómo se hace?

Su compañero le respondió:

—Te *vai* a la punta del cerro, *empezái* a llamarlo y aparece. No es gratis. Algo te va a pedir.

—¿Cómo qué? —preguntó Raúl.

—¿Y tú? ¿Por qué me *hacís* tantas preguntas? ¡Si es broma! Son puras leseras no más. Terminemos esto será mejor.

Pero la idea se le metió a Raúl en la cabeza. No lo dejaba dormir. Un día le comentó a su mujer lo que quería hacer. Ella le contestó:

—*Estai* loco. Te va a llevar.

Total, la idea no se la sacaba nadie de la cabeza. Una noche, mientras ella dormía, se dirigió al cerro. Cuando iba subiendo, tuvo un minuto de temor y se devolvió. «Pero si vengo a esto, tengo que seguir», se dijo. Llegó a la punta del cerro y empezó a llamar a Satanás.

—¡¡¡Satanás!!!

De repente, delante suyo, se para un señor elegantemente vestido, con un sombrero que le cubría la cara.

—¿Qué pides, Raúl? —le preguntó.

Raúl casi no sacaba el habla.

—Un casa bonita, carruaje para pasear y mucho dinero.

—Te lo daré. ¿Y tú? ¿Qué me darás a cambio?

—Lo que pida, pida.

—¡¡¡Tu alma!!! En la fecha que convengamos, el 24 de junio, en 20 años más, nos encontraremos en este mismo lugar. De lo contrario, te quitaré todo.

Al poco tiempo, todos hablaban en el pueblo de Raúl y su familia que había desaparecido. Ni rastros.

Pasado el tiempo, se acercaba la fecha del contrato entre Raúl y Satanás. El diablo estaba muy contento, porque iba a tener un alma para llevársela al infierno. A su vez, Raúl tenía un gallo que era su regalón y le obedecía todas las órdenes que le daba. En esa oportunidad le ordenó que cuando hiciera sonar las manos, debía cantar: ¡¡¡Kikirikí!!!

Llegó el día del encuentro. Raúl se despidió de sus hijos y su mujer. Subió cerro arriba. Cuando faltaba un minuto para las doce de la noche, hizo sonar las manos y el gallo cantó: ¡¡¡Kikirikí!!! Satanás se puso tan furioso que le dio una patada a una inmensa piedra. Satanás había perdido. ¡Raúl lo hizo lesa!

Todos pensaban que nunca más verían a Raúl, pero al verlo de regreso con su gallo, la felicidad fue tan grande que dio una fiesta para todo el pueblo. Se quedó con todo su dinero y Satanás por malo fue derrotado.

Dicen que la piedra donde pateó Satanás está a la orilla del camino en San Alfonso, cerca de San José de Maipo. Por eso la llaman “La pata del diablo”.

⇒ EL CHANCHITO DE GREDA ⇐

Trinidad Isidora Lagos Novoa



12 años
La Florida
Tercer lugar regional

Ilustración: Paulina Leyton

Un día Violeta Torres fue a visitar el pueblo de Pomaire, un lugar famoso por sus ricas empanadas y hermosas figuras de greda. Sin embargo, los más famosos eran los chanchitos de greda. Eran tiernos y bonitos, además de prácticos, ya que sirven para los que quieren ahorrar unos buenos pesitos.

A Violeta le encantaron y escogió uno con ojos bien redondos y un particular color café muy oscuro y se lo llevó a Santiago. Todos los días ella le sacaba brillo con un pañito amarillo y también ponía en su interior, todos los días, todas las monedas que podía, si hasta perfume le ponía. Quería mucho a su chanchito y cada día crecía más ese cariño.

Pero un buen día, al angelito de su hermano Diego, se le ocurrió jugar a la pelota dentro de la casa. Y tocaba la casualidad, que justo Violeta le sacaba brillo al animal de greda, pero antes de que pudiera decirle a su hermano que se fuera a jugar afuera, la pelota voló por los aires hasta impactar con el chanchito.

La greda es tan frágil como el alma melancólica, así que el chanchito terminó hecho mil pedazos en el suelo, al igual que el corazón de Violeta. Su hermano miraba la escena en silencio, hasta que dijo:

—Bueno, podemos comprar otro.

Después de repartir los castigos merecidos para Diego, Violeta estaba hecha una fiera con su hermano. Tanto, que lo obligó a hacer un gran hoyo para enterrar los restos del chanchito en el patio, junto al gran cerezo. Luego, Violeta estuvo allí toda la tarde lamentándose.

Como nadie la podía sacar de su luto, la abuela Valentina llegó al rescate con un nuevo chanchito de un color más oscuro que el anterior, pero mucho más tierno. A Violeta le gustó la idea y se mostró muy agradecida. La chiquilla lo cuidó por muchos años, siempre manteniendo en su memoria a su primer chanchito de greda.

Hasta que llegó el día en que tuvo que romper este nuevo chanchito... pero ¿saben?... esa es otra historia.

≡ LA ABEJA MALIGMA ≡

Alelí Valentina Herrera Rojas



8 años

Coltauco

Primer lugar regional

Ilustración: Margarita Valdés

Mi abuelo le contó esta historia a mi papá y él me la contó a mí. Esta historia es real. Mi bisabuela que se llamaba Juana Ochoa trabajó en un fundo allá en el sur, en un lugar llamado Pinares a orillas del río Bío Bío. Ella tenía catorce años y trabajaba en la limpieza de la casa del patrón. Tenía varias compañeras de trabajo y una de ellas era mapuche. Mi abuela Juana vio un día a la joven mapuche, que le estaba robando al patrón unas hermosas joyas del joyero que estaba justamente en la pieza de su esposa. Entonces, le avisó al patrón que la joven mapuche le había robado. El patrón sabiendo lo que había hecho la mapuche, la despidió. Y ella muy enojada, le dijo a Juana:

—Te vas a acordar de mí —y se fue.

Al cabo de un año, Juana tranquilamente como siempre, estaba trabajando lavando la ropa en el patio. De repente viene una abeja y la picó en un lado de la cara. Ella gritó: “¡Ay!”. Y se tocó sintiendo un granito en su mejilla.

Al otro día se miró al espejo y vio que tenía una hinchazón tremenda y le dijo al patrón del accidente que había tenido. Este la dejó ir a su casa para que la curaran sus padres. Al llegar a su casa, le preguntaron con asombro:

—¿Qué te pasó, Juana?

Juana respondió:



—No sé, tengo una alergia.

Sus padres muy preocupados la llevaron al médico del pueblo y él la curó. Al cabo de tres años, Juana se casó con mi bisabuelo Luis Herrera y tuvieron doce hijos. Y en todo ese tiempo, se le abría su herida de la mejilla y se le cerraba. Visitó varios médicos que le recetaban cremas, medicamentos y hierbas, pero la herida no tuvo solución. Un médico le dijo que fuera a visitar a la machi curandera que vivía en el monte. Ella obedeció y fue a ver a la machi. Y la machi le revisó la herida y le dijo, que no tenía cura, porque la abeja que la picó hacía muchos años llevaba el mal que la ex compañera le había dado. Juana quedó sorprendida y triste. Pasaron los años y Juana iba envejeciendo y un día, murió en su casa a causa de la herida que se le había convertido en un cáncer, acompañada de sus hijos y su esposo.

➤ UN AMIGO INESPERADO ➤

Benjamín Ignacio Miranda Orellana



9 años
Machalí

Segundo lugar regional

Ilustración: Mariel Sanhueza

Mi abuelito siempre me contaba historias de nuestro recóndito pueblo cordillerano. En Coya —me decía— hace mucho tiempo atrás, vivía un animal llamado puma. Yo le prestaba toda la atención que podía, porque sus historias siempre me fascinaron. Un día —continuaba— este puma bajó de la montaña hacia el atardecer para atrapar a su presa y alimentarse y así poder sobrevivir. Caminaba largos trechos para obtener su comida. Era solitario y salvaje. Todos los otros animales del lugar le temían. Cierta tarde, se acercó a una laguna donde cayó por accidente. El agua se deslizó por su cara hasta llegar a sus ojos, impidiéndole ver con claridad. Estaba asustado, muy atemorizado, porque no encontraba salida a su repentina ceguera. Sus ojos ya no le servían.

Cuando mi abuelito llegaba a este punto, suspiraba y le daba a su relato un aire de misterio. Entonces, me miraba directamente, como para encontrar en mí, el entusiasmo que necesitaba para continuar su historia. Por supuesto, yo le brindaba toda la inspiración, porque mi deseo de saber qué pasaba con el pobre puma, era una fuente de poder para él. Y así, proseguía:

—En el silencio de la noche, su olfato no le fallaba, por eso pudo sentir que alguien lo socorría. En medio de su temor a lo desconocido, se decía a sí mismo: «¿Quién se puede acercar a mí, un animal agresivo y salvaje?»... De pronto, sintió que lo abrazaban e intentaban secarle el agua que invadía su vista. Otra respiración similar a la suya, le dijo: “Calma, estarás bien. No te preocupes, estaremos bien en poco tiempo”...

—¿Quién era abuelito? ¿Quién querría ayudarlo? ¿A mí me daría un susto terrible! —le dije.

Su expresión de dulzura aún me entenece...

—Al salir del agua —continuó—, lamieron sus ojos y limpiaron su rostro... medio borroso al principio y luego, con su vista clara, pudo ver otro rostro salvaje como él, pero dueño de un corazón sensible y puro, debido a su acción desinteresada. Un nuevo amigo estaba allí para socorrerlo, otro solitario como él. Desde ese momento se dieron cuenta que ya no estarían más solos. Se tenían el uno al otro para seguir recorriendo de punta a punta nuestra hermosa localidad. Es por eso —concluía mi abuelito— que a veces se escuchan rumores de que han visto un par de pumas por nuestras laderas, porque desde ese día, caminan juntos descubriendo el verdadero significado de la amistad en estas hermosas tierras.

≧ LA NOCHE DE SAN JUAN ≦

María José González Sepúlveda



13 años
San Javier

Segundo lugar regional

Ilustración: Paula Bustamante

Una vez mi abuela me contó que *pa'l* bajo, más allá de donde viven las González, en la noche de San Juan se aparecía el diablo si uno iba en la nohecita faltando *pa'* las doce, con una vela en una mano y en la otra, un espejo.

Esperamos más de un mes para esa gran noche. Lo teníamos todo planeado yo y mi prima mayor, la Flo, que era bien inocente y creía todo lo que yo le decía. Tiene el pelo bien largo y le gusta peinárselo todo el día. A ella le gusta el pan amasado y a mí, la tortilla de rescoldo, y mi abuela siempre nos reta, porque somos mañosas para comer. Yo tengo el pelo crespo y café. No es muy bonito, es más lindo el de la Flo, pero yo tengo los ojos de color y ella no.

Ese día con mi prima la Florencia pensamos toda la tarde si íbamos a ver al diablo o no. Cuando ya fueron las diez de la noche, preparamos el espejo, le pedimos un par de velas a mi abuela, pero no nos quiso pasar. Obligadas a sacarle las velas a San Sebastián, no nos quedó de otra. Hicimos como que nos íbamos a dormir, no nos sacamos la ropa y nos acostamos tal cual, pero sin zapatos y ahí esperamos mirando el techo hasta que todos se quedaran dormidos para poder escaparnos. Mientras esperábamos, la Flo me hablaba y yo la hacía callar. Me preguntaba si íbamos a ver al diablo y yo le decía que sí, pero me volvía a preguntar y yo le volvía a responder hasta que me preguntó cómo era el diablo y yo me quedé *callá*. No supe qué decirle... yo nunca lo había visto.

—Supongo que es medio rojo y tiene cachos y debe oler bien mal— le dije.

Después de eso nos quedamos calladas hasta que dieron las once. Le dije a la Flo que nos levantáramos despacito y que nos escapáramos por la ventana. Estábamos amarrándonos los zapatos y de repente subió a la ventana el Cholo, el gato de mi abuela, y es ¡¡¡negro!!!

La Flo estuvo a punto de gritar, pero yo le tapé la boca de un solo salto.

—¡¡¡Miauuu!!!— nos dijo el gato mirándonos con sus ojos brillantes y nosotras muertas de miedo. Pasaron como dos minutos y seguía mirándonos, y yo seguía tapándole la boca a la Florencia que estaba como congelada de susto. Solté a la Flo y ella seguía como estatua. Caminé a la ventana, tomé al gato y lo metí a mi cama para que cuando yo volviera estuviera calentita, ya que afuera hacía mucho frío. La verdad es que poco se veía de la niebla que había. Miré por la ventana y pensé, y volví a pensar, si era buena idea ir a ver al diablo. No se veía mucho.

Abrí la ventana, llamé a la Florencia y la bajé despacito. Le tomé las manos y ella se quejaba, porque abajo estaban las matas de rosas y se pinchó las piernas y quedó toda enganchada con las pantis. Ella alegaba y yo me reía sin poder reírme. Era muy chistoso. Cuando aparecieron los perros de la casa derechos donde mi prima, yo la solté y cayó. Los perros la abrazaban y yo trataba de echarlos y ellos más cariñosos se ponían. Traté de saltar para poder salvarla de los perros, pero cuando yo iba bajando, el Gusano (así se llama uno de los perros) me agarró el pantalón y me tiró. Caí arriba de la Florencia y arriba de la mata de rosas... Me quedo toda rasguñada la cara, y lo peor, las velas las dejé encima de la cama y el espejo con todo. No sé dónde quedaron. Ahí estábamos con los perros encima, adoloridas con frío y sin velas. Ella me miraba y yo la miraba, o sea nos mirábamos y no decíamos nada.

Me levanté, la tomé de las manos y le dije:

—Vamos, nomás.

Así que ella me siguió, pero se nos olvidó traer la linterna. Así que no avanzábamos mucho, porque nos topamos con la reja y ahí quedamos, ya que mi abuelo le puso candado, justo esa noche, la noche del diablo.

—Hasta aquí nomás llegamos —dijo Florencia.

—Creo que sí —le dije.

Y ella me preguntó:

—¿Cómo vamos a volver a la pieza?

Yo abrí bien grandes mis ojos de color, que a esa hora no sé si eran verdes o se habían puesto cafés, y le dije:

—No pensemos en eso.

—¿Qué vamos hacer?

Pensamos un buen rato y nada se nos ocurría. Lo único era volver por donde habíamos salido. Fui al lado del gallinero a buscar un balde para ponerlo y así subir a nuestra ventana. Primero subí yo y después ayudé a la Florencia. Todo resultó bien. Ella me dijo si podía dormir conmigo. Yo le respondí que sí. Ahí nos acostamos las dos y el Cholo al medio.

Al día siguiente, mi abuela nos fue a despertar y me vio la cara y me dijo:

—¡Hija, por Dios! ¿Qué le paso?

Yo me medio desperté y me vi en el espejo de mi pieza y mi cara estaba del terror. No supe qué decirle a mi abuela. La Florencia sentada como estatua de nuevo, ni se movía. Cuando en eso sale de entremedio de las sabanas el gato y mi abuela creyó que el gato me había rasguñado la cara. Agarró un zapato que estaba tirado y salió persiguiendo al pobre Cholo por toda la casa, pensando que ese gato del demonio me había dejado la cara así.

En el día nos mirábamos con la Florencia y no nos decíamos nada y nunca dijimos nada, hasta ahora que me acuerdo del día en que queríamos ir a ver al diablo.

≡ LAS AVENTURAS CON MI AMIGO FIEL ≡

Maximiliano Contreras



10 años

Talca

Tercer lugar regional

Ilustración: Fabián Rivas

Hace mucho tiempo que anhelaba tener un cachorro pero mis papás no me dejaban tener uno, porque decían que sería demasiado desordenado. Entre un perro y yo, volveríamos loca a mi mamá. Hasta que un día de la nada, cuando estábamos visitando a mi abuela Checha, mi mamá vio unos perritos en venta y se enamoró de uno. ¡Yo estaba feliz! ¡Por fin se cumpliría mi sueño de tener un perrito! En ese momento se me pasaron mil cosas por la cabeza y pensé en todo lo que iba hacer con mi perrito, ¡realmente tenía el corazón infladísimo!

Cuando llegó a la casa, al perrito había que buscarle un nombre. Pasamos por varios como Rubius, Lolito Fernández y mi hermana quería ponerle Pepa. Parece que no entendía que era un perro. Hasta que mi papá se acordó del maestro Chifu y así encontramos el nombre perfecto: Chifu. Es de color blanco medio amarillento, bien peludo, medio papiche, muy regalón de mi mamá. Le encanta jugar y el agua. Una vez, fuimos de viaje con el Chifuito a la playa, pero antes pasamos a un pueblito. Ahí, nos pusimos a jugar a la pelota con mis papás y mi hermanita. Yo iba corriendo, cuando de repente, siento que cae algo en la pileta que había en la plaza. ¡Era el Chifu que de un salto se había tirado una tremenda zambullida! Yo me puse a reír. Mi mamá estaba enojada y decía: “¡Se va a resfriar!”. Mi papá todo nervioso, como pudo sacó al perro, lo envolvió en una toalla y se puso a secarlo. El Chifu con el calor tomó un olor un poco desagradable, como a los pies de mi Titi después de que juega al fútbol los domingos.

Cuando llegamos a la playa, se puso como loco. Escarbamos la arena, nos tiramos por las dunas, corrimos por el agua del mar. El Chifu es tan tonto que la mordía y yo me reía tanto. Otra vez, nos fuimos a la cordillera con el Chifu y mi tata Manuel que me da todos los gustos: me llevó la bicicleta. ¡Lo pasamos genial! Hacíamos saltos, íbamos a bañarnos al río, salíamos de excursión. ¡Somos grandes amigos!

Me encanta pasar las tardes jugando con él a la pelota. Lo pasamos muy bien juntos. A veces le hacemos tira las plantas a la mamá, pero le echamos la culpa al vecino. Otro día, lo subí a mi cama y estábamos jugando cuando de repente no sé cómo, se quebró la lámpara favorita de mi hermanita. La queríamos pegar, así que ocupamos un tremendo envase de cola fría del papá. ¡A veces no entiendo a los papás! ¡Yo quiero ayudar y ellos se enojan! Esa vez estuvimos los dos con el Chifu castigados sin poder salir a jugar.

Igual, cuando llego a la casa me recibe con saltos y pareciera que vuela por entre los fierros de la reja y de un brinco llega a mis brazos.

Todo era perfecto hasta que, un día sábado me levanté, pero estaba raro. No salió a buscarme y cuando lo llamé, solo me lloró. En ese momento sentí tanta pena. No sabía lo que le sucedía.

¡Solo que no era nada bueno! Mi mamá lo tomó en brazos y lo metió a la ducha calentita. Lo bañó y lo revisó. Se dio cuenta que unos perros vagos le habían pegado y estaba muy mal herido, así que lo llevamos a la clínica veterinaria, donde lo curaron y nos dijeron que estaba muy grave. En ese momento me sentí tan triste. ¡No quería perder a mi amigo! Lo teníamos que dejar en la clínica. Nos vinimos muy apenados.

De regreso a casa, nadie hablaba en el auto. Era raro levantarse y no sentir sus ladridos. Así pasaron varios días hasta que el jueves, cuando mi papá me fue a buscar al colegio, noté algo en su cara. Pensé que el Chifu se había muerto y me dio tanta pena, pero cuando llegué a la casa, abrí la puerta y mi mamá con mi hermanita tenían un tremendo escándalo. ¡Estaban jugando con mi amigo! El Chifu me vio y salió corriendo. Saltó a mis brazos y me lamió toda la cara. ¡Se movía en mis brazos como un tallarín recocado! ¡Fue tan emocionante! Ya estoy imaginando todas las travesuras que haremos. ¡Parece que él también lo supiera, ya que pone esa cara de loco!

⇒ EN LAS PROFUNDIDADES ⇒

Juliana Antonia del Río Burgos



12 años
Arauco

Segundo lugar regional

Ilustración: Pati Aguilera

Lanallwe, 1627

—¡Otra vez! ¡Otra vez! —gritaban los hombres y mujeres que se hallaban junto a los niños.

Ahora la amarraron de otra manera: la muñeca izquierda al pie derecho y la muñeca derecha al pie izquierdo, y la volvieron a sumergir al agua.

Ella sólo deseaba regresar a aquellos días en los que paseaba por las orillas del lago junto a su tía, pero eso no se podía. Su tía estaba muerta desde hacía unos meses. La había dejado sola. Ahora quedaba ella y moriría ahogada en el lago Lanallwe.

La acusaron de brujería, junto a su madre y su tía. Su madre murió también ahogada en las profundidades del lago mientras nadaba, algo la habría tentado a sumergirse, tal vez el amor que sentía hacia sus aguas. Años más tarde, su tía se encontraba agonizando de cáncer, pero a ella no le era posible curarla. Había realizado varias curaciones antes, por las cuales la acusaron de bruja.

Ella caminaba cada mañana hasta el otro lado del lago para buscar las plantas que le facilitaban curar. Esa era su pasión: hacer de la naturaleza su salvación, utilizar lo que esta le entregaba.

Una mañana la descubrieron y la noticia recorrió el pueblo de los alrededores del lago Lanallwe.

La encontraron, dirigiéndose a su destino, a cabeza gacha entre medio de la lluvia, esta vez no iba por las orillas, iba caminando con el agua hasta sus rodillas y un largo vestido a punto de ser empapado. Ella amaba esa sensación. Cuando se conectaba a la naturaleza se olvidaba por completo de la culpa que amenazaba su bienestar.

Ella conocía el lugar, sabía que aun se hallaba oculto de la civilización. Disfrutaba observar las altas montañas inhabitadas y a la lejanía el lago, su lago.

Todas esas memorias abundaban dentro de su mente, de su dolor.

La sacaron del agua, y su respiración seguía activa, pero aun lenta.

—No ha funcionado ¡Al agua!

—¡No sé si funcionará! ¡Es una bruja! —terminó de decir un hombre, antes de que ella hablara.

—¡Por favor, por favor! —sollozaba ella—. ¡No soy una bruja, lo juro, tengan clemencia!

Quería salvar su vida, sin embargo, por la posición en la que la habían amarrado le era imposible moverse un centímetro.

La lanzaron por tercera vez al agua. Sus pies estaban a unos metros de tocar el fondo. Y se encontraba en la parte más profunda del lago.

Tenía los labios amoratados, hacía minutos que había perdido el conocimiento.

Esta era la segunda persona a la cual no había podido curar... su tía había muerto sin que ella pudiera hacer nada. Y tampoco había podido evitar que las aguas la dejaran sin respiración.

Para cuando la sacaron, su respiración se había extinguido por completo.

Así terminaba de contar la historia el anciano a sus cinco nietos, quienes lo visitaban durante aquel caluroso verano. Sin darse cuenta, había caído la noche, mientras que los niños habían estado escuchando la interesante historia de su abuelo. La fogata se había apagado lentamente con el escaso rocío que ya comenzaba a caer. Los cinco pequeños niños se fueron a dormir, imaginándose otras muchas historias que seguramente habían sucedido en el lago que los acompañaba con el vaivén de las aguas.

Luego de su muerte, la gente que la había visto morir creyó que era una bruja débil y por eso había muerto, dejando así embrujado el lago, y cada muerte que ocurría dentro de las aguas del lago fueron asociadas a su poder.

UNA VUELTA MUY LARGA

Victoria Lucila Cárdenas Aranda



13 años
Nacimiento
Tercer lugar regional

Ilustración: Sol Díaz

Ernesto Villalobos volvía al hogar familiar caminando por los senderos de tierra, rodeados de árboles, arbustos y cercos. Se escuchaban los lejanos gritos de las personas, el bullicio de los animales y una carreta que se alejaba cada vez más.

Silbando una melodía que casi había olvidado, siguió la curva del camino. De repente, sintió algo como una piedra impactando contra su muslo. Se sobresaltó, miró hacia abajo y observó a su alrededor buscando al responsable y el objeto lanzado. No halló ninguno. Intentó ignorar el incidente y continuó su marcha con un ligero mareo proveniente de la nada.

Allá estaba su casa de tejas y adobe. Le alegraba ver el lugar donde fue criado, pero que tendría que dejar en algún momento para formar otra familia. Al llegar, el mareo se había acrecentado, además de arderle la frente y sentir pequeños escalofríos recorriendo su cuerpo. Quiso distraerse conversando con su padre o jugando con sus hermanos menores. La temporada terminaba, algunos de los niños tendrían que volver a la escuela, los mayores se esforzarían más, pero no les importaba, ellos tenían que estudiar.

Poco antes de comer, su madre lo llamó preocupada, le tocó el rostro y lo cuestionó por su palidez, de la que no se había dado cuenta. Empezaba a sudar en frío, el mareo era más intenso y percibía un pitido. Le fallaban poco a poco las piernas, sus ojos ardían, así que optó por cerrarlos. Lo llamaban, escuchó que lo llamaban. Todo daba vueltas. Se hincó. Distintos ecos chocaban contra su cabeza. Negro, todo se volvió negro. El dolor de un golpe seco contra el suelo fue lo último que se hiló en sus pensamientos.

Rato después se encontraba recostado sobre una cama, cubierto de mantas y trapos húmedos.

Lanzó un quejido, le molestaban esos paños cuando se sentía entumido. Parpadeó un par de veces, solo podía balbucear y mover la punta de sus extremidades. Distinguía unas pocas luces y dos figuras a sus lados. Toscamente se intentó levantar cuando se acercaba una tercera figura. Las dos figuras lo retuvieron y empujaron contra la cama. Volvió a cerrar los ojos y perdió la conciencia.

Pasó media semana. Ernesto tenía ligeros momentos de lucidez. Sus familiares permanecían preocupados, atentos a cualquier mejoría o decaimiento. A la semana no tenían idea qué hacer, ya que habían intentado con distintas hierbas y remedios. Semana y media. A pesar de que nunca fue de esos muchachos enfermizos, seguía postrado, al menos ahora formaba cortas frases para expresarse y tenía un mejor color. Eso duró poco. Una ajetreada mañana volvió a recaer. Esto dejaba de ser un simple resfriado, algo más complejo lo aquejaba.

Un buen amigo se enteró del estado del joven y les sugirió llamar a un conocido suyo, Marcos, del cual se rumoreaba que curaba ciertos males, pero a cierto costo no muy barato. Los esposos poco a poco consideraron esa opción. Costaba lo mismo que recurrir un médico y era mucho más cercano. Buscaron al supuesto curandero.

Fue un viaje de medio día. Don Eugenio Villalobos, tal vez, tuvo suerte al encontrarlo en su casa. Conversaron un cuarto de hora y llegaron a un trato. Se iba con él a sanar a su hijo ese mismo día, pero por ser tan repentino le costaría un poco más. Aceptó dudoso la oferta. Otro medio día de viaje. Llegaron al anochecer. Le prepararon un lugar para dormir al invitado y comida para que al otro día pudiera trabajar.

A la mañana siguiente, entraba a la habitación del enfermo. Les ordenó a los familiares que se retiraran para iniciar. Ya todos estando fuera y Marta, la madre, escuchando a través de la puerta, el extraño destapó al joven y lo recostó boca abajo. Le quitó la camiseta y una a una fue contando sus vertebras. Después de eso murmuró un Ave María y le dio un estirón tan fuerte a su columna que la hizo tronar completamente. Lo vistió y volvió a taparlo. Estaba hecho.

Al salir cobró el dinero que contó minuciosamente y pidió que lo fueran a dejar a una casa diferente esta vez, ya que tenía que tomar un tren. Un hermano lo fue a dejar y la familia que se quedaba permaneció aún más atenta que otros días a la mejoría del primogénito.

Cinco días pasaron lentamente, cinco días sin una mejoría. Al contrario, empeoró. Eugenio se sentía culpable, le había asegurado que en tres días estaría como nuevo y no pasaba nada. Él había traído a un desconocido a comer en su mesa, dormir en una de sus camas y sacarle el dinero de los bolsillos. A veces, se sentaba cerca de la cama de su hijo y lo observaba respirar débilmente, tan tranquilo.

Marta no se quedaría de brazos cruzados. No, señor. «Si mi marido se rinde, yo no», pensaba decidida recordando distintos ungüentos que su abuela le había enseñado a hacer de niña. No distinguía las recetas en el interior de su mente, pero sí un suceso parecido al de su hijo, solo que hace mucho que no se hacían brujerías por esos campos.

Necesitaba orina y agujas. Sin consultarle a nadie, si lo que iba a hacer era buena idea, buscó tres agujas para estar segura y esperó pacientemente a que su hijo quisiera orinar para dejarlo en una botella. Con los ingredientes solo debía depositar esos elementos de costura en el líquido y dejarlo frente a su casa. Cuando ya anochecía, la botella fue abandonada frente a su puerta y nadie, excepto ella, se dio cuenta.

Con la familia ya en pie, todos se quejaban de un fétido olor sin saber de dónde provenía. También durante el desayuno. Solo se dieron cuenta cuando los primeros que salían a hacer sus labores diarias encontraron el origen en la entrada del hogar. Doña Marta confesó que ella lo había hecho, recibiendo miradas de desaprobación y una reprimenda por parte de su pareja.

El olor tardó varios días en irse y al desaparecer este, Ernesto volvió a trabajar, alegre y vigoroso, como era normalmente. Se recuperó de manera tan misteriosa a cómo se enfermó: como por arte de magia.

≡ EL ORIGEN DE LA CRUZ ≡

Josué Eduardo Adolfo Reydet Roldán



14 años
Villarrica

Primer lugar regional

Ilustración: Karina Cocq

El viaje de vuelta hacia mi pueblo de Licán Ray había sido largo y tedioso. Habíamos ido a Temuco a buscar a mi abuelo Fito que estuvo internado en el Hospital Regional Hernán Henríquez por un infarto que sufrió, al cual gracias a Dios, sobrevivió. Cuando íbamos entrando a nuestro pueblo, yo dije: “¡Al fin se ve la cruz!”. Mi abuelo se acomodó en el asiento y luego me dijo: “¡La Cruz de Licán! ¡Una gran historia para contar!”. Luego, mirándome con esos ojos cansados, ya de tanto mirar, me preguntó: “¿Te gustaría escucharla?”. La verdad, yo le hubiera dicho que no, pero luego recordé que había estado a punto de dejar este mundo, además de la pena que sentí ese día. Entonces le respondí: “Llegando a la casa, tata, con una agüita calentita, soy todo oídos”.

Mi lala Elda le tenía su cama lista, con su guatero regalón. Y ahí me instalé, a su lado, en esa cama antigua que siempre me pareció tan grande y que ahora ya no lo era tanto. Con su voz grave y pausada, comenzó a relatar la historia.

Cuando se fundó nuestro pueblo, sus primeros habitantes, entre ellos tus bisabuelos, tuvieron que afrontar grandes inundaciones y salidas del lago Calafquén que provocaban desgracias, como llevarse los animales, las precarias casas y más de una vez lamentablemente, vidas humanas. Cada vez que pasaba una catástrofe, los vecinos se ayudaban unos a otros para poner el pueblo en pie y finalmente se reunían en la entrada del pueblo a rogar a Dios que no los volviera a castigar de esa forma. Lamentablemente, volvía cada invierno a suceder y con peores consecuencias. La última gran inundación se llevó una familia completa. Esa vez, estuvieron reunidos rezando novenas y rosarios, arrodillados hasta que sus rodillas sangraban, elevando ruegos y clamando al buen Dios. De pronto, el cielo pasó de un gris oscuro a un azul profundo, sin ninguna nube en el cielo, más no llovió durante todo ese mes de julio. Los lugareños lo tomaron como una señal divina. Entre tantas propuestas de altar y agradecimientos, la idea de levantar una cruz en la entrada del pueblo, salió triunfadora. Ese mismo día comenzaron a buscar madera de pellín. Luego, erigieron la cruz con sus propias manos, a pesar de su cansancio. Desde ese resto de invierno y los venideros, no volvió a inundarse ni a salirse el lago. La cruz sería el símbolo de la fe de sus habitantes.

Cuando mi abuelo Fito terminó su relato, estaba con su mirada perdida, como reviviendo esos momentos. Me daba pena interrumpirlo, pero le dije:

—Tata, qué increíble que un trozo de madera signifique tanto. Pero obviamente, ¿la cruz original ya fue reemplazada varias veces? ¿Verdad, tata?

Mi tata, como volviendo de un trance dijo:

—Claro que sí, pero cada vez se elegía una madera noble y se reponía al instante. ¿No ve que podía volver la maldición? —Luego miró hacia la puerta y me dijo bajito—: *M'* hijo, mire en mi velador. Hay una cajita, sáquela. —Le hice caso y miré en su interior, había un trozo de madera rojiza.

Mi tata me dijo:

—Es de la cruz original. Se la regalo, cuídela y no olvide esta historia. —Luego cerró sus ojos y se durmió.

Salí de su pieza en silencio y con el regalo apretado en mi mano. Desde ahora en adelante, la llegada a mi pueblo ya no será la misma. Ahora sé que esa cruz está ahí más que de adorno, y que entre mis manos tengo un trozo de esa historia.

⇒ LA USURPACIÓN DE UN HOGAR ⇒

Matías Gonzalo Quiriban Huentecura



11 años
Padre Las Casas
Segundo lugar regional

Ilustración: Isabel Hojas

Esta historia ocurrió en Unión Campesina, un *lof*¹⁸ mapuche ubicado en la región de la Araucanía perteneciente a la comuna de Lautaro, un sector rural habitado por varias familias optimistas y trabajadoras que enfrentan el día a día con mucho *newen*¹⁹ cuidando de sus rebaños de ovejas del *nahuel*²⁰, un depredador que bajó a las tierras planas en busca de comida, porque el verano pasado incendiaron el bosque donde habitaba y la comida del león desapareció o los animales que cazaba estaban muy escasos. Las familias, preocupadas por sus ovejas, fueron al bosque en busca del *nahuel*.

Un campesino llamado Segundo Huentecura, de aproximadamente 42 años, de estatura baja y pelo negro, se extravió en la espesura del nativo bosque sobreviviente. El hombre desesperado empezó a buscar una escapatoria. Esperaba que la solución apareciera antes que llegara el anochecer y se encontrara con *nahuel*, pues lo atacaría sin piedad. Ya oscurecía y Segundo aún no encontraba un lugar para refugiarse. Pasó la noche sin problemas, pero muy preocupado.

¹⁸ Lof: forma básica de organización social del pueblo mapuche (nota del editor).

¹⁹ Newen: energía en lengua mapudungun (nota del editor).

²⁰ Nahuel: tigre en lengua mapudungun (nota del editor).

A la mañana siguiente, siguió su rumbo a casa muy hambriento y sediento. Buscó algo para hidratarse y nutrirse. Miró a su alrededor: había arbustos nativos y unos pelos. Pensó un rato y luego creó una trampa para cazar un chanco jabalí. Cuando perdió la esperanza de poder comer: ¡Un milagro! Atrapó uno. Cuando llevaba la mitad de una presa cocinada se le apareció *nahuel*. Muy asustado le dio la mitad de la carne del chanco jabalí, pero antes hizo un *ilellipun*²¹ rogándole a Chaw Ngecheng²² que lo protegiera de todo lo malo. *Nahuel* contempló la rogativa de Segundo y se marchó muy tranquilo, comprendiendo que era un momento espiritual.

La familia de Segundo, en tanto, estaba muy preocupada, especialmente su esposa Francisca Quintreman, una mujer mapuche de pelo negro, cuerpo rollizo y semblante melancólico. Hizo su *ilellipun* matutino, pidiendo por Segundo para que volviera pronto y sin novedades. Segundo llevaba más de dos días atrapado en el bosque, caminando entre las hierbas. Pronto se encontró con el *gürü*²³, el zorro que estaba flaco y hambriento. Este quiso atacar a Segundo pero alcanzó a llegar *nahuel*, quien lo defendió de las garras del *gürü*.

²¹ Ilellipun: oración en lengua mapudungun (nota del editor).

²² Chaw Ngecheng: dios mapuche (nota del editor).

²³ Gürü: zorro en mapudungun (nota del editor).

El *gürü* se marchó con mucha rabia y corrió a otras praderas en busca de comida. Segundo, muy agradecido con *nahuel*, comprendió que él no tenía la culpa de comer sus ovejas, sino los *winkas*²⁴ que quemaron su hogar, dejándolo sin alimento. *Nahuel* se marchó lentamente, pero antes cazó un conejo y se lo entregó a Segundo.

Mientras tanto, Francisca pidió a otras familias que la ayudaran a buscar a su querido esposo Segundo. Todos empezaron la búsqueda por el inmenso bosque. Cuando, Segundo terminó de comer, siguió su camino rumbo a casa. Llegó al anochecer, estaba muy cansado y extasiado, porque había vivido una experiencia muy gratificante que enriqueció y fortaleció su espíritu. Él comenzaba una nueva vida, siendo ahora un nuevo hombre de la tierra, comprobando que era un miembro más del *itrofil mongen*²⁵.

²⁴ Winkas: término en lengua mapudungun para referirse a las personas ajenas a la comunidad (nota del editor).

²⁵ Itrofil mongen: cadena de vida del mundo mapuche (nota del autor).

⇒ EL NIÑO CULEBRÓN ⇒

Kyhara Dennis Nahuel Queupumil



10 años
Padre Las Casas
Tercer lugar regional

Ilustración: Paulina Leyton

Hace muchos años atrás, había un matrimonio que tenía un hijo enfermo, ya que no podía caminar. No tenía movimiento en las piernas ni en los brazos. La familia vivía en una *ruka*²⁶ muy humilde. El matrimonio trabajaba muy duro para poder alimentar a su hijo, ya que en esos tiempos la pobreza era muy grande. Los padres salían temprano a trabajar y entonces la mamá del niño dejaba la comida en una ollita de fierro bien arriba para que no pudieran entrar los gatos y los perros. Pero inexplicablemente, cada vez que llegaban en la tarde, bajaban la ollita y no encontraban nada y no se podían explicar por qué pasaba eso. Y así muchas veces, ocurrió lo mismo hasta que un día los padres del niño hicieron como que se iban a trabajar, pero en realidad se devolvieron a la casa para averiguar quién estaba comiéndose la comida. Fue tan sorprendente lo que estaban viendo, que quedaron inmovilizados: el niño que no se podía mover, y que estaba en una silla de ruedas, empezó a estirarse como una culebra y se comía la comida.

Entonces los padres con gran tristeza pensaron y concluyeron que, el niño era hijo de un *weza püllü*²⁷. Se miraron a los ojos y con dolor tuvieron que tomar una decisión: empezaron a sacar todas las cosas que más les servían y dejaron la casa sola con el niño. Él le pregunto a su mamá, por qué estaban sacando todas las cosas y ella le dijo, que solo era para limpiar la casa. Luego, cerraron la casa con el niño dentro y le prendieron fuego a la casa por todas las orillas. Toda la casa ardía en llamas y el niño se estiró tanto que sobrepasó las llamas. Los padres asustados comenzaron a hacer un *ilellipun*²⁸ y pronto el culebrón se reventó. Los padres sintieron gran tristeza al ver lo que le hicieron al niño, pero esa misma noche el padre tuvo un *kiñe peuma*²⁹ y se le reveló que el niño culebrón nunca fue humano, sólo un mal espíritu que se aprovechó de su humilde generosidad.

²⁶ Ruka: vivienda en lengua mapudungun (nota del editor).

²⁷ Weza püllü: espíritu malo en lengua mapudungun (nota del autor).

²⁸ Ilellipun: oración en lengua mapudungun (nota del autor).

²⁹ Kiñe peuma: sueño en lengua mapudungun (nota del autor).

≡ LA BUJA DEL JARRÍN ≡

Paz Alejandra Durán Fontealba



6 años

Temuco

Mención especial del jurado

Ilustración: Margarita Valdés

Mi prima Sayen me contó que una *buja* (bruja), que tenía mucha *ambe* (hambre) y fue al *jarrín* (jardín) a comerse las *marzanas* (manzanas) del árbol. Cuando la vieron volando, Sayen gritó: “¡La *buja*! ¡la *buja*!... ¡ahí viene la *buja* chascona!” y gritaba: “¡Buaaaa!” Ella asustada *collió* (corrió) acostarse en su cama con *fío* (frío) y llamó a su mamá y le contó de la *buja*. Al día siguiente, encontraron cáscaras y corontas de manzanas botadas bajo el árbol. Sayen muy asustada le dejó una *pineta* (peineta) para que se peine y no la asuste por la ventana, porque a ella no le *buta* (gusta) y así ella no se volvería a asustar... ¡*Jaaamach!* (jamás). Aquí, en el campo de *labancha* (labranza).

Cuando yo fui a su casa Sayén me dijo: “*Pima* (prima). Mira... hay muchas manzanas botadas en el *jarrín*. No aquí la *buja*. Solo encontramos su escoba. Siempre miramos bajo los árboles si ella se está peinando para no ser tan chascona y no nos asuste”.

≡ LA MISTERIOSA MUERTE DE LAS GALLINAS ≡

Ignacio Orlando Pinuer Álvarez



10 años

Paillaco

Primer lugar regional

Ilustración: Mariel Sanhueza

El campo es un lugar peligroso, donde cualquier cosa puede pasar y la muerte es algo común, por ejemplo: cuando hay un cumpleaños y hacemos un asado, hay que matar un cordero o un chanco, y en invierno lo mejor son las cazuelas de gallina que mi abuela deja horas en la olla para que queden blandas. Las muertes pueden ser un poco dolorosas, como las que uno nunca se espera, por ejemplo: cuando el traro se come o se lleva a los pollitos y ojo, que a veces también se lleva a los pequeños corderitos. Otras veces, viene de visita el zorro y le encantan las gallinas. Pero un día, empezaron a morir misteriosamente las gallinas de los vecinos, algunos pensaron que era el chupacabras, porque las gallinas no cacareaban, les sacaba toda la sangre y además les dejaba unos hoyitos en el cuello, pero nosotros descubrimos la verdad.

Una mañana mi mamá despertó porque los perros estaban ladrando y escuchó un ruido extraño, despertó al papá para explicarle lo que había escuchado, pero no pudo explicar, porque era un alarido que nunca había escuchado. No era ningún ave, ni zorro, ni puma, ni jabalí, pero a la hora siguiente todos despertamos y escuchamos el ruido misterioso. Nos levantamos inmediatamente para ver qué era y en un rincón de la chimenea por fuera de la casa, los perros tenían acorralado algo misterioso. Era un animalito del porte de un gato mediano, con un color negro y con el pelaje muy brillante. Al verlo, mi papá dijo que era un visón y que había que llevarlo al SAG³⁰. Entonces, mi papá fue a buscar una jaula de conejo, una varilla y un alambre para atrapar al visón. Con mi hermano mirábamos por la ventana cómo mi papá hacía mil maniobras para atraparlo, hasta que logro hacer un pequeño bozal y lo atrapó, mientras mi mamá supervisaba la operación aún en pijamas, chalitas, y con su mejor arma: el escobillón.

³⁰ SAG: Servicio Agrícola Ganadero (nota del editor).



Cuando el visón estaba seguro en su jaula, mi papá se cambió de ropa para ir a Paillaco a entregarlo al SAG. El visón buscó el espacio más grande de la jaula que justo estaba al lado del pie de la mamá y como la mamá dejó la escoba de lado, lo único que se le ocurrió fue pisar al visón. Entonces dio un gran grito, porque el visón le mordió con sus colmillos el tobillo del pie dejándole cuatro pequeñas marcas. Además, el animalito rápidamente se escabulló entre los cercos y las matas. Mis perros en el intento de perseguirlo, rompieron hasta los cercos, pero el astuto animalito se arrancó. Con calma, mi mamá fue a ver las gallinas y encontró dos muertas en el gallinero.

Lo difícil fue que debíamos salir de vacaciones por esos días y mientras viajábamos, mi mamá tuvo que ponerse vacunas para la rabia en los hospitales de Paillaco, Cunco y Lonquimay. Afortunadamente, no se le infectó y lo pasamos muy bien conociendo lugares de nuestro sur, pero nunca olvidaremos el día en que un visón mordió a mi mamá.

≧ EL BRUSCO DESPERTAR DE 1960 ≦

Sofía Belén Cárcamo Muñoz



12 años
Valdivia

Segundo lugar regional

Ilustración: Cristian Garrido

Mi abuelito me contó, una historia que vivió en Quellón, Chiloé, cuando tenía seis años. Esta historia ocurrió el 22 de mayo de 1960, alrededor de las 15 horas. Esa tarde, toda la familia, menos el papá de mi abuelito, se encontraba en el hogar luego de almorzar, cuando de repente, comenzó a moverse suavemente la casa, movimiento que fue aumentando su intensidad. En ese instante comenzó el miedo y la desesperación.

La madre de mi abuelito y sus hermanos mayores llevaron, con mucha dificultad, a los más pequeños al patio, en el cual había unos árboles en cuyas ramas se sujetaron, observando cómo el agua de los pozos se elevaba alrededor de un metro y se abría la tierra en surcos a grandes distancias. La tierra se ondulaba como verdaderas olas de un golfo, se escuchaban los gritos desesperados de la gente, las casas crujían sacándolas de sus bases e inclinándolas. Él y su familia vivían cerca del borde costero, lo que les permitió observar cómo el agua de mar fue saliendo del estuario, quedando prácticamente toda la playa seca.

Mi abuelito recuerda este gran movimiento telúrico que duró varios minutos. En ese momento, llegó mi bisabuelo, quien de inmediato tomó el control de la situación, llevándolos lejos del borde costero y trasladándolos a la parte alta de Quellón, donde se refugiaron en un galpón que era albergue de los animales, encontrándose allí con otras familias. Desde la parte alta, se podía mirar cómo una gran ola ingresaba al pueblo arrasando con todo a su paso, incluso llevándose casas completas.

También recuerda que un hombre ebrio no dejó salir a su familia al cerro, y gritaba “¡¡¡Que se vengán todos los diablos abajo!!!”. Cuando subió el mar, la casa de este hombre y su familia quedó bajo el agua. Solo se veía el entretecho donde estaban sus hijos, su esposa y él. Al bajar el mar, mi bisabuelo y dos personas más, portando faroles, fueron a rescatarlos.

Según, lo que mi abuelo recuerda, estuvieron en aquel galpón alrededor de un mes, debido a que las réplicas post terremoto continuaban y eran muy fuertes. Finalmente, volvieron poco a poco a la normalidad y las familias fueron regresando a sus casas. El trauma fue tan grande que hasta ahora, mi abuelito recuerda lo que ocurrió aquel día 22 de mayo de 1960.

Al día de hoy, mi abuelo tiene 63 años, y esta es una de sus tantas historias de vida.

≡ EL CAMINO DE UNA PEQUEÑA CURANDERA ≡

Constanza Belén Medina Reyes



13 años
Lago Ranco
Tercer lugar regional

Ilustración: Paula Bustamante

Había una vez, un lugar llamado Las Quemas, en el que vivía un humilde joven matrimonio, muy pobre, al que nadie quería darle un trabajo por la discapacidad que ambos tenían. Ella era ciega, había perdido su vista en su niñez cuando le saltaron unas chispas de fuego a sus ojos, y a él, le faltaba un brazo que había perdido en un accidente. Ocurrió que un día ella quedó embarazada. Pasado el tiempo nació una hermosa niña, que para desgracia de sus padres, era muy enfermiza. Ellos muy afligidos pedían trabajo para poder costear las atenciones médicas de su pequeña niña llamada Rayen, pero aun así no lograban encontrar nada.

La mujer apenas encontró la forma de conseguir dinero vendiendo tortillas de rescoldo que preparaba en un viejo y artesanal fogón, a un lado de la posta a la cual llevaba a su hija. A pesar de su discapacidad, hacía todo lo posible para lograr juntar el dinero. Aun así no era suficiente, porque la niña se seguía enfermando y no se encontraba la cura.

El matrimonio decidió viajar a un pueblo llamado Dalcahue, donde vivía la abuela materna de Rayen. En su niñez, tenía muchos sueños paranormales que nadie podía entender, por eso hicieron tal viaje para poder preguntarle a la abuela que tenía mucho *kimün*³¹ en estos temas. También pedían una respuesta de por qué su hija se enfermaba tanto. La abuela les dijo que todos los síntomas, sueños e intuiciones que le sucedían eran solo por una cosa: ella se

³¹ Kimün: conocimiento en lengua mapudungun (nota del autor).

convertiría en una gran machi curandera al cumplir su mayoría de edad, porque había nacido con un don. Los padres quedaron sorprendidos por tal respuesta, pero asintieron. Entonces, decidieron que Rayen se quedara un tiempo con su abuela, pues ella conocía al machi mayor de aquella isla con el que la llevaría a pasar un tiempo para aprender más sobre la sanación, a través de hierbas medicinales, entre otras cosas.

Tiempo después, la niña volvió ya teniendo mucho conocimiento. Ella estaba muy feliz, porque iba poder ayudar y sanar a las persona de su sector, en este caso Las Quemadas, donde vivía humildemente junto a sus padres.

Cuando la niña cumplió la mayoría de edad, se dedicó a ser machi. Tal información se expandió por todo el sector y ciudades cercanas. La gente llevaba a casi toda su familia para que Rayen los sanara. Ella sabiendo el pasado de sus padres, evitó juzgar cómo la gente los trataba, negándoles el trabajo y la ayuda cuando más lo necesitaban. Aun así decidió ayudarlos, porque la personalidad de una machi es única, ya que el *piwke*³² es bondadoso y no rencoroso.

³² Piwke: corazón en lengua mapudungun (nota del autor).

Unos días después de comenzar su vida como curandera, le tocó enfrentar una enfermedad demasiado grave para una niña de quince años. Rayen no entendía qué era lo que tenía. Era rara la enfermedad de la que no encontró la cura, por lo cual decidió recurrir a su maestro, el machi mayor de la isla donde estaba su abuela. De esta forma, siguiendo los pasos que su maestro le indicaba, logró ayudar a la niña que tan afligida y enferma se encontraba.

Rayen, con cada experiencia que tuvo que vivir, entendió que uno, aun pensando que lo sabe y que lo tiene todo, en realidad no es así. Cada día, se aprende algo nuevo. Supo que la humildad es la sabiduría de lo que somos, y que valorar lo que tienes, significa aprender a ver aquellos momentos que no podrías comprar ni con un diamante. Y así fue cómo Rayen logró ser la mujer más querida y respetada por sus visitantes y vecinos del sector Las Quemadas.

≡ LAS AMIGAS DEL CALEUCHE ≡

Cristian Camilo Paillacar Coñoecar



11 años
Quinchao
Primer lugar regional

Ilustración: Fabián Rivas

Se cuenta por ahí que los lobos de mar son sagrados, no se deben molestar ni mucho menos matar, pero hay gente que desconoce este dicho o simplemente no lo cree, como las dos amigas de esta historia.

Rosita y Marcela son amigas hace muchos años. Viven en una isla pequeña al sur de Chiloé. Desde niñas se lo pasaron haciendo travesuras, y a veces, maldades que las guardaron en secreto para toda su vida. Un día, ya adultas, estaban mariscando en la orilla de la playa cuando vieron a un lobo de mar muy cerca. Pensaron que quizás, podían conseguir un poco de su aceite. Dicen por ahí, que es muy bueno para los dolores del cuerpo, casi milagroso, pero para eso debían matarlo.

Hay que reconocer, que ellas sintieron un poco de pena al momento de sacrificar al lobo para conseguir su aceite, pero estaban seguras que quizás algún día necesitarían de la famosa emulsión. Pero tuvieron para ellas, una desagradable sorpresa: el lobo que mataron no tenía nada de grasa. Después de pensar mucho rato en lo que estaba sucediendo creyeron que lo mejor era devolverlo al mar, y cada una volvió a su casa con mucha normalidad.

Al día siguiente, las chicas se juntaron para viajar a otra isla. Iban a visitar a una amiga de la infancia. Era un día de mucho sol y el mar estaba muy calmo. Juntas creyeron que era un buen día para embarcarse en el bote a remo, pero nunca llegaron a destino. Su amiga las esperó en la rampa hasta que se entumió de frío y oscureció, pero ni Rosita ni Marcela regresaron a su isla. Misteriosamente habían desaparecido. Pero hay una persona que se encontraba trabajando en la playa, donde se embarcaron, y comentó que cuando ya no las veía, cuando iban bien lejos y solo se divisaba un bulto flotando en el mar, aparecieron un montón de pájaros que volaban sobre ellas y se acercaron tanto, que las chicas ya no se vieron, ni siquiera el bote.

Se dice que cuando un lobo de mar no da aceite es, porque es una persona que convertida en un cuerpo de animal marino es condenada a vivir así por el resto de la vida, y que ese lobo específicamente era un marinero del barco más famoso de Chiloé: el Caleuche. Es por eso, que se dice que las chicas desaparecieron, porque el Caleuche se las llevó en lugar del lobo que mataron, ya que todo animal del mar se respeta.

≡ LAS MENTIRAS SE HACEN REALIDAD ≡

Anayeli Constanza Velásquez Caicheo



9 años
Quinchao

Segundo lugar regional

Ilustración: Pati Aguilera

Dicen que unas personas estaban sembrando papas, cuando un viajero que pasaba por ahí, les llegó a preguntar qué estaban sembrando. Los trabajadores para burlarse y por lo obvio que era, le contestaron que estaban sembrando piedras. El viajero sin asombrarse de tal tontería, se dio la vuelta y se despidió diciéndoles que tuvieran mucha suerte con su siembra.

Al pasar los meses y después de mucho trabajo, llegó el día de cosechar las tan esperadas papas, que le servirían a la familia para guardar y alimentarse durante el invierno. Los trabajadores que fueron a sacar las papas se sorprendieron cuando al empezar abrir las melgas, se dieron cuenta que empezaban a salir puras piedras de diferentes tamaños. Abrieron una melga tras otra, y una y otra vez salían piedras. El dueño de la siembra se acordó de inmediato de la broma que le habían jugado al viajero y se dio cuenta, que era brujo y que por tal mentira les había ocurrido esta desgracia.

El hombre pasó el año entero comprando papas para poder mantener a su familia y para la siguiente siembra, con mucho entusiasmo volvió a sembrar confiando que esta vez, no tendría mala suerte. Sin embargo, año tras año siguió ocurriendo lo mismo: cosechaba puras piedras y sin ya nada más qué hacer, tuvieron que vender todas sus tierras, porque ya no eran fértiles. Se cambiaron de isla y compraron nuevas tierras, eso sí les dejaron advertido a sus vecinos que si veían algún viajero desconocido, tuvieran mucho cuidado sobre lo que hablaran con él, porque era un brujo.

≡ EL BOTE EMBRUJADO ≡

Sebastián Alejandro Kachele Aguilera



12 años
Dalcahue
Tercer lugar regional

Ilustración: Sol Díaz

Esta historia, me la contó mi abuelito. Se trataba de un antiguo bote abandonado a las orillas del canal de Chacao, una estructura en la que habían ocurrido varios sucesos paranormales, como por ejemplo, la vez en que su propio abuelo se embarcó en ese bote y a los pocos días la embarcación regresó sola, sin ninguna señal de vida. Nunca apareció ninguno de los tripulantes y muchos aseguran ver a los espíritus de las personas fallecidas. Otro suceso, fue cuando el vecino del lado, don Gabriel, estaba reparando el bote, y en plena noche escuchó unos ruidos fantasmales en el taller. Presuroso bajó de inmediato, pero a la mañana siguiente don Gabriel había desaparecido. Nadie supo qué fue de él, pero lo más sorprendente fue que el bote había regresado solo a la playa. Los rumores de que el bote estaba embrujado son muchos, pero nadie sabe la verdadera historia detrás del bote, y es la que mi abuelo me contará ahora.

Mi abuelo me dijo, que el bote tenía más de cien años, que había pertenecido al señor Ángel Muñoz, quien según los rumores, decían que tenía fama de ser brujo. El bote se había construido en 1899, el año en que el padre y la madre de don Ángel perecieron a causa de un hundimiento en el mar. Desde ahí se encendieron los rumores, pero nadie pensó que dos meses después fallecería don Ángel en medio del mar, a causa de una tormenta. Pero todos dicen que fue un plan diseñado por don Ángel para mejorar sus poderes y peculiaridades hechiceras.



Pasaron un par de meses y los familiares de don Ángel vendieron el bote a un amigo de la familia. Don Miguel Bahamonde, quien no expuso ningún reclamo respecto del bote. Pero dos meses después, falleció y nadie supo el motivo de la tragedia. Los familiares vendieron el bote a un coleccionista de antigüedades, quien por su fama y altos recursos, era muy reconocido, pero un día de la noche a la mañana su carrera tuvo una mala vuelta y quedó pobre. Para mala fortuna, el hombre amaneció muerto en una carretera cerca de Castro.

Sucedió que después de que el hombre vendiera sus colecciones, un carpintero cuya fama era reconocida por ser un gran fabricante de botes y lanchas, compró el bote e intentó repararlo, pero grande fue su sorpresa cuando al intentar sacar los clavos, el martillo no pudo más y se rompió. El hombre atemorizado les contó la situación a sus amigos quienes lo aconsejaron que se deshiciera de él inmediatamente, pero el hombre no hizo caso, y a la mañana siguiente estaba en su taller en medio del aserrín y la madera. Su cuerpo estaba enterrado en medio de las herramientas con un papel en la mano que decía: “GABRIEL”.

Los amigos del hombre descubrieron la historia del bote y de su antiguo propietario Gabriel Muñoz, el cual había fallecido noventa años atrás. Los hombres comprendieron en ese instante, que el bote estaba embrujado y de inmediato se desprendieron de él dejándolo abandonado en la larga orilla del canal de Chacao.

⇒ CÓMO LA PAPA SALVÓ A EUROPA DEL HAMBRE ⇒

Amaité Rayen Rivera Hernández



9 años
Fresia

Mención especial del jurado

Ilustración: Karina Cocq

Conversando un día en la casa de la familia Hernández, escuché que la papa es la salvadora del mundo. Mi abuela Nora me mostró muchas variedades de papas nativas, más de veinte. Así supe, que había una simple y deformada papa hace un tiempo atrás.

Esta papa fue más que una superhéroe, ya que quiso viajar sin saber que el destino la iba a hacer grande. Esta heroína tenía trajes de distintos colores y ojos muy profundos. Nació en un lugar lleno de magia llamado Chiloé, que es una isla, y ella quería saber que había, más allá del horizonte. Se imaginaba qué allá lejos había un mundo grande y lleno de aventuras.

Un día, la papa preparó su maleta con sus trajes de los colores más hermosos que tenía y se embarcó en un barco llegando a Europa, pero para su sorpresa no había aventuras que vivir, sino gente que moría de hambre. Entonces, la papa tomó la decisión de ayudar y comenzó a multiplicarse, pero como provenía del Nuevo Mundo, la gente desconfiaba de ella. La veían fea y deforme. No sabían que en su interior había un amor infinito en nutrientes. Finalmente, la papa fue aceptada y hasta los reyes la adoraron. Pasaron los años y la papa volvió a casa. Toda su familia la esperaba y con alegría les contó, cómo salvó a Europa del hambre.

≧ EL CABALLO NEGRO ≦

Beatriz Helena Arregui Contreras



13 años
Aysén

Primer lugar regional

Ilustración: Isabel Hojas

Era el primer día de clases. Había empezado un nuevo año en la ciudad de Aysén. Tenían horarios distintos en el colegio y había llegado alguien nuevo a mi curso. En realidad, no le presté mucha atención, ya que creí que era como cualquier otro chico. Ni siquiera me molesté en saber su nombre. Luego de una semana, el profesor jefe cambió de puesto a cada uno de mis compañeros. Me sentaron al lado de una amiga, y luego, me fijé de que en el puesto de adelante estaba el recién llegado. En cuanto lo vi de cerca, me di cuenta de que era completamente diferente a lo que yo pensaba. Tenía una piel tan blanca que hacía que su cabello y sus ojos color azabache, resaltaran más en su rostro. También me di cuenta, de que no le importaba lo que el resto pensara de él. Cuando se le metía algo en la cabeza, no había nadie que lo frenara. Él era completamente distinto a lo común, al colegio, al resto de los alumnos y a cualquier joven que hubiera conocido.

Un día, después de una extensa jornada de clases, en la tarde me tocó cuidar a mis dos hermanos menores, ya que mis papás seguían trabajando y mi hermana mayor había salido a la casa de una de sus amigas. Así que yo, tuve que encargarme de ellos. No tenía nada que hacer, pues mis dos familiares estaban tranquilos viendo la televisión, así que me senté en un sillón que quedaba junto a la ventana y que tenía vista a la calle de mi barrio. Me quedé mirando por la ventana, hasta que desvié la vista para fijarme en la hora que marcaba mi teléfono. Eran las 17:23. Antes de volver a dejar mi celular en su lugar, comencé a escuchar unos pasos que llamaron mi atención, unos pasos que iban acercándose desde lo lejos. Por unos segundos, creí que eran los tacos de una mujer, pero descarté esa idea al darme cuenta de que estos eran más pesados que los de una persona. Cuando las pisadas estuvieron cerca, miré en dirección hacia el lugar desde donde provenían aquellos extraños pasos. Era un caballo, un caballo pasando completamente solo por la calle. Era negro, un color tan negro, que por ser el



atardecer, se llegaban a ver leves destellos azulados. La única parte de su cuerpo que no tenía este tono era su frente, la cual tenía una mancha muy blanca. Cuando lo vi, sentí que algo en este animal me resultaba diferente, pero familiar, sin tener en cuenta de que estaba solo. No había ningún perro ladrando, no había nadie tras él, ni siquiera llevaba una montura. Comencé a mirar a los alrededores para ver si había alguna persona que lo frenara, pero no, nadie estaba ahí para detenerlo.

Cuando llegó el resto de mis familiares, les conté lo sucedido, pero nadie le dio tanta importancia, como yo se la di. Esa noche me sentí intranquila, como si lo sucedido tuviera un significado que no podía comprender, pero en el fondo sabía que era importante y que no lo podía dejar pasar.

Al día siguiente, noté que el puesto de adelante estaba vacío. Por supuesto, a nadie pareció llamarle la atención, pero yo sentía que algo andaba mal. Comenzó a estar vacío por casi una semana, hasta que un día, el director del colegio nos informó que lamentablemente, nuestro nuevo compañero había desaparecido hace un tiempo, y que no habían encontrado ni un rastro de él.

Desde este hecho, a veces en la noche me despierto al escuchar pasos de caballo que vienen desde afuera, pero al mirar por la ventana, me doy cuenta de que simplemente es la brisa y la oscuridad de la noche patagónica.

≡ ME LO CONTÓ MI ABUELITO ≡

Ente Noemí Cárcamo Antivero



14 años
Coyhaique

Segundo lugar regional

Ilustración: Paulina Leyton

Un matrimonio de ancianos tuvo tres hijas hermosas. Ellas, ya crecidas, adoraban a sus padres con su vida. Vivieron en el campo muchas cosas y pocas veces se separaban. La anciana tenía setenta y ocho años, y él, ochenta y uno, llevando tras de sí cuarenta y tres años de amor incondicional. Un día, la anciana falleció, a los tres meses desde que le detectaran un dolor en su cabeza. Tumor cerebral. Tres años pasaron. El abuelito, ya tranquilo, tomando mate, esperaba a sus nietos para contarles cómo conoció a su abuela. Frente a sí, les dijo:

Con su abuela nos conocimos en la bahía Acantilada. Un lugar precioso, lleno de arrayanes y picos montañosos cubiertos de nieve. La vi de reojo y de inmediato llamó en mí una atención especial, que no supe interpretar. En un momento cruzamos nuestras miradas en la arena y contemplamos el final de la bahía como si nos conociéramos desde siempre, en silencio. Era tan hermosa que sus ojos brillaban como un diamante. Me acerqué a ella y le dije, que era bella como esta lluvia y ella me respondió, con una sonrisa que no olvidaré jamás. Pasaron los días, y me la empecé a encontrar en muchas partes, como si el destino forzara a que nos conociéramos más. Pasaron los meses y le pregunté si quería ser mi novia. Pasaron cinco años y me atreví a preguntarle, si quería ser mi compañera de vida.

Así fue que el abuelo contó a sus nietos, esta sencilla historia con su abuela. Más tarde, nuevamente solo, tomó una mochila, algunos víveres y emprendió un viaje. Pasaron los días y la región de Aysén le abrió sus amplios cielos. Rumbo: Puerto Aysén. Cruzó Puerto Cisnes y Coyhaique. El frío caló sus huesos cuando llegó. Caminó lentamente largos pasos y miró al infinito a través de las montañas y la nieve.

DUENVERDES

Alejandra Tamara Troncoso Barría



9 años
Coyhaique
Tercer lugar regional

Ilustración: Margarita Valdés

Había una vez, en una noche fría, en una cabaña aislada, en un bosque, en la que la chimenea se estaba apagando. Un abuelito llamado Lupe, se levantó de su silla, se abrigó y salió con un hacha a buscar leña. Al regresar, se escuchaba cómo el viento soplaba contra las ventanas. Echó más leña a su fuego y se sentó. Ya cuando se estaba durmiendo escuchó unos pasitos al frente de él. Entonces, se levantó para ver qué era, y detrás, pasaron cuatro duendes verdes que salieron corriendo al bosque. El abuelito asombrado se recostó y sin tomarle atención, se acomodó y cayó en un profundo sueño.

≡ LA LUPA MÁGICA ≡

Matilda Leonor Jara Montiel



8 años
Coyhaique
Mención especial del jurado

Ilustración: Mariel Sanhueza

Había una vez, una niña que nació en el año 2010. Ahora tiene ocho años y su cumpleaños fue el otro día. Le regalaron una lupa y otras cosas, pero en realidad lo que más le gustó fue la lupa, porque le gustaba salir por el campo a observar la naturaleza. Un día, su mamá le dijo, que no podía salir, porque iba a llover y se podía enfermar, pero como esta niña era muy curiosa, esperó a que dejara de llover tan fuerte y decidió salir a probar su lupa. Encontró muchos insectos, saltamontes, chinitas y gusanos, muchos de los cuales no sabía su nombre. De repente, un reflejo multicolor apareció en su lupa. La niña observó con cuidado y se dio cuenta que era el reflejo de un hermoso arcoíris. Movié la lupa y vio que el arcoíris seguía ahí. Era una lupa mágica... movía la lupa y veía diferentes partes del arcoíris... era una lupa genial, cada vez que la movía aparecía algo extraordinario.

Luego de un rato, puso la lupa justo enfrente de su cara y un reflejo de luz la atrapó y quedó dentro del mundo de la lupa. Ella pensó que sería un mundo gigante... ya que las lupas agrandan las cosas... pero era un lugar que se deformaba al caminar. Eso suena raro, pero cuando la niña daba unos pasos, lo que dejaba atrás se achicaba y lo que tenía enfrente aumentaba de tamaño. Así, cada vez que avanzaba, las cosas a su alrededor aumentaban de tamaño. Estaba muy entretenida mirando cómo las cosas parecían moverse al cambiar su aspecto, y lo vio justo enfrente: el arcoíris más colorido y extraordinario del universo. Era tan extraordinario que tenía principio y fin... La niña podía saltar de color en color y cada color tenía una nota musical. Podía hacer canciones como “Cumpleaños Feliz” y “La Vaca Lola”, pero si hacía “Cumpleaños Feliz”... aparecía una torta y todo...



Luego, descubrió que se podía lanzar como en un tobogán por todo el arcoíris y lo mejor de todo era que aterrizaba en un tesoro maravilloso: ¡Algodón de azúcar!

Por un momento, pensó que eso era demasiado extraño, y que tal vez, estaba soñando... Trató de despertar y nada... no podía. Luego, se pellizcó para ver si le dolía y sí. Se había apretado fuerte y se le salió un grito. Hasta ese momento, no había pensado que en ese lugar tan especial, podría vivir alguien muy especial. Y ahí estaba, un duende... un poco feito, pero duende al fin. Le contó que esa era otra dimensión y que la entrada a ese lugar era la lupa. El problema era que no sabía cómo salir de ahí y sus papás se preocuparían mucho, si no la veían pronto. Recordó el algodón de azúcar y pensó que tal vez, la clave de todo estaba en el arcoíris. El duende la acompañó para saber cómo salir al mundo de la niña... Era un duende bueno, así es que la niña no tenía problema en que la visitara.

Pasaron por todos los colores del arcoíris y tocaron todas las melodías que recordaron. Fue una búsqueda muy divertida. Luego, decidieron tomarse de las manos y lanzarse al otro lado del arcoíris donde supuestamente estaba el principio, porque el algodón de azúcar era el final. Se lanzaron de la mano y al llegar al suelo cerraron los ojos. Al abrirlos, aparecieron detrás de un árbol cerca de la casa de la niña.

El duende quiso volver de inmediato a su hogar, porque era la hora de la comida... pero la niña, prometió volver más tarde, ya que sabía cómo ir y regresar de ese extraordinario lugar.

≡ **HISTORIA SELKNAM** ≡

Pedro Bastián Torres Rudolph



14 años
Porvenir

Segundo lugar regional

Ilustración: Paula Bustamante

Hace unos años atrás, cuando tenía entre trece o catorce años, mi abuelo me contó una historia de cuándo y cómo nace nuestra hermosa y bonita isla de Tierra del Fuego. Me dijo, que existían unas personas llamadas *selknam* que tenían que sobrevivir por cada uno o en grupo. Tenían una vestimenta que estaba hecha con piel de guanaco, un animal de la isla y se pintaban los cuerpos con los colores blanco, rojo y negro. Usaban arcos y flechas para cazarlos. Un día un *selknam* llamado Kotaix que andaba explorando el cordón Baquedano vio a un zorro. Kotaix sentía que se estaba comunicando con el zorro, pero el animal salió corriendo y Kotaix lo siguió hasta llegar a un arbusto medio raro, que tenía pelotitas colgando en alto y parecía que alguien las había intentado sacar. Había sido el zorro, obviamente. Kotaix le ayudó a sacar unas cuantas pelotitas, ya que el zorro no podía llegar y las demás, se las llevo para él y sus compañeros. Cuando llegó donde sus compañeros les pasó las pelotitas y un niño, como de siete años, exclamó: “¡Calafate!”. Y ese nombre, les pusieron a las bayas.

Un día fueron en grupo a una cueva y Kotaix agarró una piedra y se le cayó al suelo y salió una chispa. Ahí, Kotaix quedó impresionado y dijo que, había visto una luz. Luego, lo hizo otra vez, pero con dos piedras y con más fuerza y se prendió una llama. ¡Era fuego! Se lo mostró a todos los *selknam* y la llama los calentaba y les daba luz. Así nuestra isla fue llamada Tierra del Fuego. Porque de esa forma descubrieron el fuego.

En este presente, no existe ningún *selknam*, ya que fueron exterminados por los estancieros. También los torturaron en la isla Dawson que está cerca de Tierra del Fuego, en Porvenir.

≡ LA AVENTURA DE GERMÁN Y SIMÓN ≡

Germán Alejandro García Galindo



12 años
Timaukel

Tercer lugar regional

Ilustración: Fabián Rivas

En un lugar llamado el bosque Tereaike, el motoquero campero llamado Germán salió a la caza del chanco salvaje. Germán dijo:

—Uy, parece que los chanchos andan escondidos, che.

De repente, aparece una persona montada en un guanaco y gritó:

—CORREEEEEEEE.

Y detrás de él salieron corriendo un montón de chanchos salvajes por otro lado. Germán gritó:

—¡Ahí estaban todos los chanchos!

Dijo, el guanaquero:

—Sí. Es que a uno le erró mi lanza cuando los estaba cazando y vieron a mi guanaco. Entonces, me empezaron a seguir y hasta aquí llegué. ¡Oh, qué mal educado que soy! Mi nombre es Simón y mi guanaco Chorico.

Germán, le dijo:

—Bueno, vamos a seguir cazando a esos chanchos, ¿o no?

Simón, le dijo:

—Bueno, che.

Ahí, el guanaquero y el motoquero campero fueron a cazar a todos esos chanchos que ya estaban durmiendo por otra parte. Entonces, Germán y Simón los despertaron. Con un disparo del rifle de Germán alcanzaron a cazar cinco chanchos y un lechón que se lo dejaron de mascota.

Después, cuando se estaban devolviendo al puesto María para asar los chanchos, y ya estaban llegando, a Germán se le descontroló la moto y sin querer atropelló al guanaco de Simón. Entonces Simón gritó:

—¡¡¡No!!!

Cuando llegaron al puesto María se encontraron con dos puesteras. Una se llamaba Ignacia y la otra, Valentina. Y entre las dos intentaron curar al guanaco Chorico. Cuando el guanaco despertó, no recordaba ni quién era su dueño. Entonces pensó que la puestera Ignacia era su dueña, porque la seguía a todos los lados y a donde podía, hasta cuando iban de caza de chanchos.

Un día, la puestera Ignacia se aburrió de él. Entonces, Simón decidió llevarlo hasta Puerto Yartour para poder curarlo, porque en ese lugar había unas medicinas especiales. Camino a Puerto Yartour se encontraron con el lechón que estaba escondido. Detrás salieron cuatro lechoncitos y detrás de los lechoncitos, salió la chancha viendo que no les pasara nada. En eso, cuando iban todos juntos, se les cruzó un perro bagual. Por lo tanto, el chancho para salvar a sus lechones, a su chancha y a su dueño, fue a atacar con su colmillo y el perro bagual. Lo mordió en una pata, pero el chancho no se rindió. Siguió luchando con el perro bagual hasta que el perro se cansó y se fue para que no lo mataran.

Después de esa aventura, Simón retoma su camino a Puerto Yartour. En eso, se encuentra con Germán y se les une en su camino a sanar al guanaco. El problema es que se encuentran con un caballo salvaje y Germán lo empezó a correatar hasta que lo enlazó. Después de haber enlazado al caballo, vio al guanaco de Simón, ahí corriendo solo, y lo primero que hizo fue ir a buscarlo.

Cuando estaba llegando al guanaco, Simón aparece por detrás de él, a lo que Germán gritó:

—¡CUMPAA! ¿Qué hace por acá?

Simón dijo:

—No, *na'*, Cumpa solamente te vine a visitar.

Germán dijo:

—¿Me quieres ayudar con ese caballo?

Simón dijo:

—Bueno, che.

Lo primero que hicieron fue empezar a ponerle la herradura. Le levantaron la pata y se dieron cuenta que ya tenía herradura, así que siguieron su camino. Lo que no sabían era que el caballo en el que iban montados era de la puestera Ignacia quien los descubrió y gritó:

—¡¡¡MI CABALLOOOOO!!!

Germán le dijo:

—Me lo encontré corriendo por mi puesto, así que nos lo trajimos a pasear por acá. Yo ni sabía que el caballo era tuyo, así que toma, pero otro día me lo prestas, ¿sí?

Y la puestera Ignacia, le respondió:

—Bueno, ya, pero me lo cuidas.

Germán y Simón siguieron su camino a Puerto Yartour para curar al guanaco. En eso, apareció un cóndor que se llevó al guanaco. Lo bueno es que justo lo dejó en Puerto Yartour. Germán y Simón no sabían dónde estaba el guanaco, pero un zorro que pasaba por ahí les dijo, que ya había llegado a Puerto Yartour. Felices, se van a ese lugar y se encuentran con el guanaco. Le dieron su medicina y el guanaco se curó al instante y reconoció al fin a Simón. Así, siguieron todos juntos sus aventuras.









**CHILE LO
HACEMOS
TODOS**



Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA
Ministerio de Agricultura

Esta edición cuenta con la colaboración y el financiamiento del Ministerio de Educación.